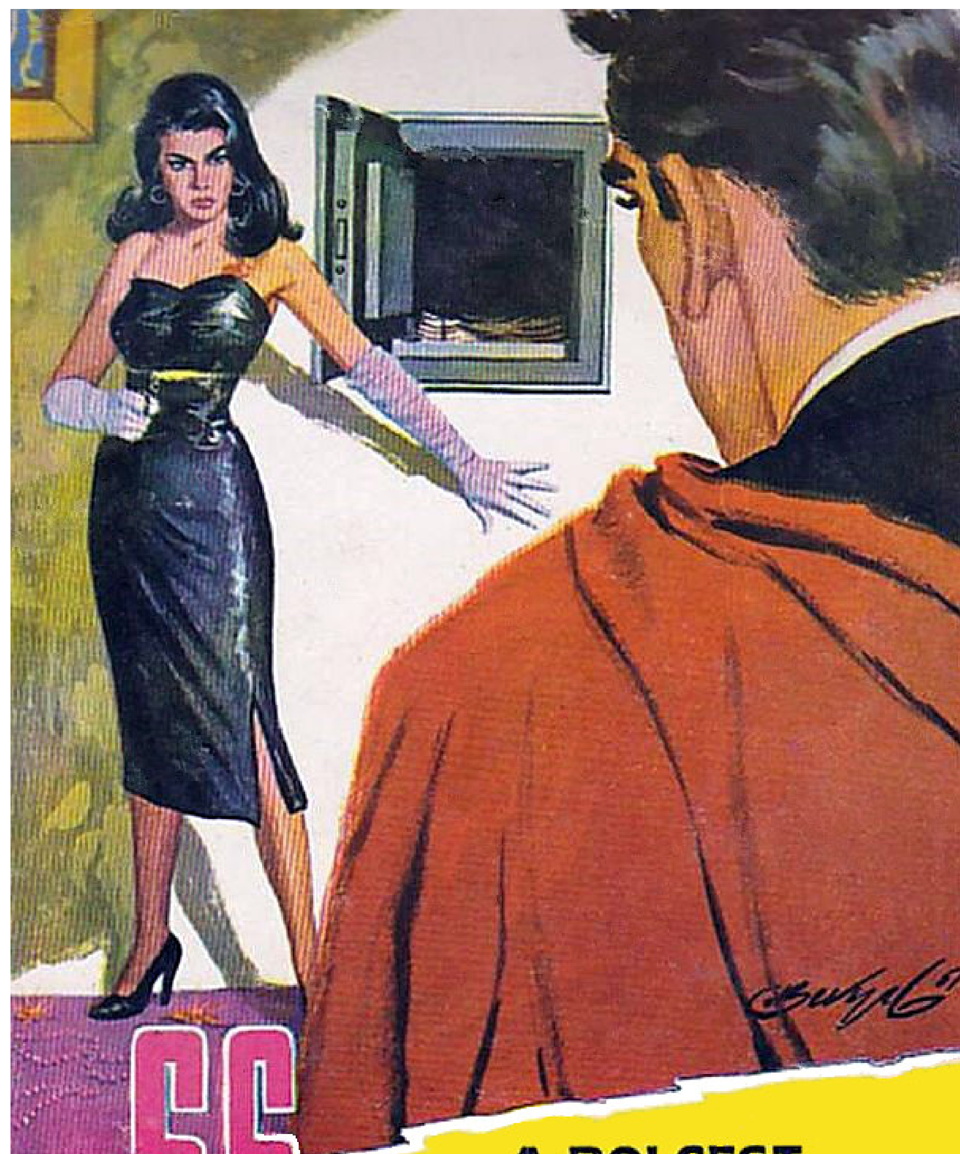


SS
SERVICIO SECRETO

A. ROLCEST

HAMPA BRILLANTE

El inspector de policía americano Fadner llega a Roma de vacaciones junto con su mujer. Allí se encuentra con el agente del FBI Travis Wick y la pintora Gladys Blair. La esposa sospecha que entre los dos hombres hay algo más que amistad y que su marido en realidad ha venido a Roma en misión secreta. Por la noche, las dos parejas acuden a un club nocturno. Allí actúa una bailarina llamada Yona, a la que Travis conoce desde hace tiempo.

A la mañana siguiente Fadner y Travis se van en coche sin indicar su destino. La policía italiana encuentra el coche con los dos hombres asesinados a bordo.

Unos días después llega a Roma el periodista americano Jeff Rayner para investigar la muerte de los dos hombres. Jeff era amigo personal de Travis Wick y también conoce a Yona.



A. Rolcest

Hampa brillante

Bolsilibros - Servicio Secreto - 565

ePub r1.0
Editor 27.07.17

Título original: *Título*
A. Rolcest, 1961
ePub base r1.2





A. Rolcest

Hampa brillante

1ª. EDICIÓN

Junio -1961

EDITORIAL  BRUGUERA

Proyecto, 2-T. 284453 BARCELONA (6)

HAMPA BRILLANTE

por

A. ROLCEST



Capítulo primero

Cuando aquel joven fue a esperarles al aeródromo, a la esposa del inspector Arthur Fadner le pareció un muchacho simpático.

También se encontraba allí Gladys Blair, la joven y bella pintora norteamericana. Los dos jóvenes no parecían conocerse y la señora del inspector los presentó.

En aquel momento los cuatro compatriotas parecieron emocionados.

—¡Es nuestra segunda luna de miel! —exclamó la señora, ya en el coche que los tenía que conducir a un céntrico hotel de Roma—. Este viaje me lo tenía prometido Arthur cuando todavía era un estudiante.

Horas más tarde los cuatro compatriotas volvían a estar juntos. Pero fue en un «*music-hall*» de tufos nada agradables para la señora del inspector. El local lo había elegido el joven que por la tarde le pareció muy simpático, Travis Wick.

En aquel local nocturno, la esposa del policía hizo dos descubrimientos. El primero, que el joven Travis pertenecía al mismo Departamento que su marido, y que al parecer se encontraba en Roma con alguna misión especial.

Desde el momento en que hizo este descubrimiento y vio la atención con que su marido lo escuchaba, toda la simpatía que le tenía se esfumó.

El segundo descubrimiento fue la atención con que una de las «*vedettes*» que salió a actuar en la pista parecía dedicarle al joven Travis y a los que estaban con él.

Era una mujer esbelta, de cabellera negrísima, lo mismo que sus ojos. A la señora Fadner se le antojaron puñales.

—Será italiana —le susurró a la bella pintora.

—Lo es —contestó Gladys.

—Estará celosa.

—¿Cómo? ¿De quién?

La señora del inspector miró entonces a Travis. Éste se hallaba hablando con el inspector y no se dio cuenta.

—Nos ha traído aquí para que veamos su «lío».

Gladys mostró su bella dentadura, en una alegre risa.

—¡Vamos, qué ocurrencia…!

—Como te lo digo, Gladys… Nos muestra su «lío» y de paso le da celos contigo.

Con el pretexto de que la señora se encontraba muy fatigada, se marcharon pronto, quedando citados con Gladys para el día siguiente.

Como la cita se efectuó en presencia del joven Travis y éste nada dijo de acudir también, la señora del inspector se tranquilizó. «Al fin nos vemos libres de él. Así mi marido nos prestará más atención».

Al día siguiente, después de recorrer varios lugares sin descender del «Studebaker» de Gladys, el inspector, como si de pronto recordara, comentó:

—Siempre le ha chocado a mi mujer que exista una pirámide en Roma. Vamos a verla.

Minutos más tarde la señora Fadner se abanicaba con un prospecto turístico, frente a la pirámide de Cayo Cestio.

Su marido, cruzado de brazos, inclinó el cuerpo hacia atrás, siguiendo con la mirada uno de los ángulos de la pirámide. Pero antes de llegar a la cúspide, desistió, porque el sol le daba de cara. Deslumbrado, dirigió los ojos hacia los torreones de la puerta de San Pablo.

—En algún tiempo, eso serviría de algo. Pero con los cañones de hoy día…

Gladys rompió a reír.

—¡Es terrible…! ¿Por qué en vez de considerar la proporción de líneas de esas almenas, ha pensado en los cañones para destruirlas?

El inspector del Servicio Secreto norteamericano se encogió de hombros.

—Ah. No sé… Pero es lo primero que se me ha ocurrido.

—Es tremendo —siguió Gladys, pensativa—. He acompañado a

muchos compatriotas, y en todos, la vista de cualquier fortaleza medio en ruinas ha suscitado los efectos que produciría un bombardeo atómico.

—¡Bah! Es lo mismo que se piensa contemplando una ciudad como Nueva York.

Apoyó un pie sobre el estribo y se recostó contra el marco de la portezuela abierta. De la chaquetilla de seda que había tirada sobre el asiento sacó un paquete de cigarrillos. Ofreció a la señora Fadner y luego al inspector. Éste prefirió encender su vieja pipa.

En la posición en que se hallaba Gladys, el sol le daba de frente. Sus brazos, desnudos hasta los hombres, el juvenil contorno del busto, y su cabellera rubia, larga y un poco despeinada, al choque con el sol, producían un brochazo de vida y juventud más joven y vivo en contraste con aquellos muros de piedras muertas.

—Hija mía —comentó la señora, después de observarla maravillada—. Este sol de Italia te está convirtiendo en bronce.

—Hermosa como nunca, eso es verdad —se apresuró a intervenir el inspector, al tiempo que golpeaba sobre la mano la pipa que se disponía a cargar—. Tus padres nos encarecieron que viéramos la forma de convencerte para que volvieras a casa… Pero en cuanto te vi pensé que algo más que él arte te retiene en Roma.

Por la Via Ostiense venía un pequeño «Ford», haciendo repetidas llamadas de claxon.

—Ahí viene Travis —dijo el inspector.

Entonces la señora comprendió que el haberse detenido ante la pirámide no había sido un mero recuerdo de lo que ella había comentado algunas veces.

—Con que os habíais citado aquí… —dijo, con mal contenida irritación—. Ahora sólo faltaría que nos dejaras.

Esto último lo dijo convencida de que no sería así. Pero se encontró con algo verdaderamente indignante.

—Según las noticias que traiga.

La señora Fadner se puso otra vez a agitar el prospecto.

—¡Esto es gracioso…! ¡Nuestras vacaciones… nuestra «segunda luna»…!

Su marido la miró divertido.

—¿De veras has creído que tenía vacaciones?

—¡No! ¡Anoche ya me di cuenta de que había gato encerrado…!

En ese momento el «Ford» se detenía junto a ellos. La señora Fadner, que hacía unos mementos se había apeado, abrió la portezuela del «Studebaker» y se metió dentro.

Ni siquiera contestó al saludo del recién llegado. El inspector y el joven se alejaron unos momentos.

A la señora Fadner se le paralizó la sangre al anunciar su marido:

—Es necesario que os deje. No me esperéis a comer, Miriam.

Su mujer se encontraba hundida en el asiento posterior. Quiso protestar, incorporándose, pero no pudo moverse, ni casi hacer oír su voz.

—¿Qué?

El inspector cogió de un brazo a la bella pintora.

—Serás tan buena, Gladys, que accederás a soportar el mal humor de Miriam… Sigue enseñándole reliquias… Tan pronto pueda, estaré con vosotras. ¡Vamos, Travis…!

Travis Wick, agente del Servicio Secreto, destacado en Roma desde hacía algunos meses, y su superior Arthur Fadner, llegado a la Ciudad Eterna la tarde anterior, montaron rápidamente en el pequeño «Ford» y partieron.

La hermosa Gladys, recostada contra la portezuela, el cigarrillo en los labios y entornados los grandes ojos azules, quedó mirando cómo el coche pasaba la Puerta de San Pablo y luego se alejaba por la calle de la Pirámide Cestia.

De pronto arrojó el cigarrillo y se quedó mirando a la señora Fadner.

—¿Y bien…?

Pero la mujer del inspector se hallaba todavía más hundida en el asiento, la cara vuelta al lado contrario del que ocupaba Gladys, abanicándose furiosamente.

No había mirado siquiera el coche en el que se iba su esposo. Quizá lloraba, de despecho.

Más tarde lamentaría no haberse portado más cariñosamente en aquel momento.

Almorzaron solas y por la tarde prosiguieron el recorrido de la ciudad.

A las ocho estaban de regreso al hotel. Y en el vestíbulo les aguardaban dos caballeros.

—¿Señora Fadner? —preguntó uno, muy ceremonioso.

El otro se presentó:

—De la Embajada norteamericana… ¿Tendría la bondad de acompañarnos?

La señora se alarmó. También Gladys, aunque lo disimuló, manteniendo un gesto de indiferencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer del policía.

Los dos caballeros se miraron azorados.

—Por favor: Sígannos.

Un coche aguardaba en la puerta del hotel. Instintivamente, la señora Fadner se había cogido a un brazo de Gladys. La joven había palidecido, pero no decía nada.

Subieron al coche. Durante el trayecto, las dos mujeres permanecieron calladas. La mujer del inspector tenía cogida una mano de Gladys y se la apretaba nerviosamente.

Ya era de noche, y en cada bocacalle se aglomeraba la circulación en un incendio de faros que aturdía. Entraron en la calle Vittorio Veneto, y en el número 119 se detuvieron.

Cuando la señora Fadner se dio cuenta se encontraba en un suntuoso salón, frente a un caballero alto, de rostro joven y cabello blanco, que la miraba atentamente.

—Siéntese, por favor.

Obedeció maquinalmente. Cuando el caballero empezó a hablar, ella permaneció inalterable, como si todo lo que le estaba diciendo ya lo conociera…

—… Y esta dolorosa noticia…

De pronto, la señora Fadner se puso de pie. Hizo el efecto de que saltaba. Se dio cuenta de que el caballero y Gladys la sujetaban fuertemente. Pero ella no sentía empeño por desasirse, sino porque su voz adquiriese un volumen que llenase aquella enorme sala y sacudiese a toda aquella gente como un vendaval.

—¡Mi Arthur!… ¡Mi pobre Arthur!…

Y la atronadora voz que ella necesitaba para dar escape a su angustia no fue más que un débil gemido de criatura herida.

A medianoche pudo entrar en la cámara mortuoria. «Su» Arthur aún tenía la sonrisa de hallarse «cerca».

Una gran bandera norteamericana cubría medio ataúd del inspector Arthur Fadner y medio del agente Travis Wick.

El pequeño «Ford» había sido hallado poco después del mediodía en un cruce de calle, próximo a la Embajada. En el asiento posterior, como dormidos, estaban los cadáveres de los dos policías norteamericanos.

Los disparos los tenían ambos por la espalda…

Aquel hecho tomó enseguida el carácter de un guante lanzado a la faz de Norteamérica. Por poco el coche, con los dos cadáveres, no fue dejado en la misma puerta de la Embajada.

El Gobierno italiano puso enseguida todos los medios para detener a los agresores.

En tanto, la Prensa italiana como la de los Estados Unidos, se lanzaba a una carrera desbocada de conjeturas y ataques.

Pero seis semanas después de que los restos de los dos policías reposasen en tierra norteamericana, los autores del hecho aún no habían sido localizados.

Una de las primeras detenciones que se efectuaron fue la de la «*vedette*» amiga de Travis Wick.

La denuncia partió de la viuda Fadner. La artista se llamaba Yona Naini.

Y si la noche en que la vio por primera vez la viuda Fadner le pareció un tipo apasionado y peligroso, cuando se encontró de nuevo con ella en el despacho de la Comisaría su opinión varió totalmente.

Ahora le pareció que Yona no era más que una muchacha desgraciada, fustigada por la adversidad.

Cuando la guerra llegó a Italia, Yona era una niña todavía. El huracán la llevó de un lado a otro. El peor enemigo de ella eran sus ojos, aquellas dos llamas negras que parecían encender perversidades.

Según el testimonio de los habituales al «nigth club» donde ella trabajaba, las relaciones entre Yona y el agente norteamericano no pasaron de un «flirt» impuesto por el tanto por cierto de consumición en el establecimiento. Ni siquiera sabía Yona el hotel donde se alojaba el agente.

La manera con que ella expuso su vida convenció a todos. Por fortuna para ella, en aquel momento sus ojos estaban nublados por las lágrimas.

Pero en el instante en que era puesta en libertad, Gladys y la

viuda Fadner se cruzaron con ella en un corredor de la Comisaría.

En ese momento, Yona Naini tenía los ojos secos.

Sólo Gladys se fijó en ellos. Y el choque que experimentó le hizo pensar en el esbozo de un cuadro en el que habían de plasmarse furias satánicas, y que desde hacía mucho tiempo tenía en proyecto.

Si en aquel momento la viuda Fadner le hubiese preguntado qué opinaba de aquella muchacha, Gladys no se hubiera atrevido a contestar…

CAPÍTULO II

Durante la conferencia, Gladys se había encontrado varias veces con la mirada de aquel hombre. Y luego, a la salida, lo halló parado en medio de la escalinata.

De la Galería Nacional de Arte Moderno fluía sin interrupción un cordón de gente, que al llegar a los amplios escalones se rompía, formando multitud de corrillos.

Oíanse en voz alta y en todos los idiomas, apasionados comentarios acerca de la conferencia que acababan de escuchar.

Gladys se disponía a agregarse a un grupo de artistas británicos, cuando el desconocido se le colocó delante.

—Gladys Blair: Sin más títulos que ser compatriota suyo, solicito de usted me conceda unos minutos de conversación.

El se hallaba un escalón más abajo que ella. Así la cabeza de ambos quedaba al mismo nivel. Su rostro era moreno, de rasgos enérgico. Sus ojos grandes, castaños, buscaban obstinadamente centrarse en las pupilas de Gladys Blair.

La joven artista volvió a sentir el mismo desasosiego que ya había experimentado durante la conferencia.

Le miró adusta.

—¿Quién es usted?

El hombre contestó rápido:

—Jeff Rayner…

Gladys se encogió de hombros.

—… Corresponsal del «Planet News», en la actualidad destacado en Roma.

Y ahora, los preciosos ojos de Gladys cambiaron su azul, por una reacción de estupor y cólera.

—¿Quéee?… ¡Repita el nombre!…

—¿El mío o el del periódico? —preguntó el hombre, sonriendo.

—¡El suyo!

—Jeff Rayner… el enemigo número uno de las cabriolas pictóricas de Gladys Blair —dijo el periodista, procurando una expresión de ingenuidad.

Tanta desfachatez acabó por desconcertarla.

Pero enseguida se repuso.

—Considero muy poco gracioso su cinismo… ¿Qué es lo que desea?

—Tener un rato de conversación con usted.

—¿Y usted espera que acceda?

—Sí… Porque le prometo no hablarle de arte. Se trata de algo más serio…

Sin querer, había soltado una impertinencia. Antes de que ella tuviera tiempo de replicar, procuró remediarlo.

—Perdone. Quise decir algo más concreto… Mi propósito al venir de Norteamérica no es divagar sobre las cosas de las que estoy seguro no nos pondríamos de acuerdo. El motivo que me ha traído a Roma, y sobre todo, lo que hace que me atreva a enfrentarme con usted, es tratar de la muerte del inspector Fadner y del agente Travis Wick, mi íntimo amigo y viejo cama —rada de guerra…

Gladys guardó silencio. Lentamente continuó bajando los peldaños, seguida de Jeff.

Ya abajo se detuvo, y se volvió bruscamente, para mirar al periodista.

—¿Qué novedades espera saber de mí? ¡Llega usted un poco tarde! Sus compañeros de Prensa ya han agotado el tema.

—No importa.

Echaron hacia el Parque de Villa Umberto.

—Al dirigirme a usted, ni por un momento he pensado que mis críticas sobre sus cuadros iban a representar un obstáculo para la colaboración que ahora preciso de usted.

Dejó una breve pausa. Gladys permanecía ceñuda.

—Traigo, además, un ruego de la viuda Fadner para que me atienda…

Y sacando de uno de los bolsillos interiores de la americana un sobre cerrado, se lo dio. Gladys lo rasgó por uno de los lados y sacó la carta.

«Querida Gladys: Por lo que más quieras ayuda cuanto puedas a Jeff Rayner. Era un buen amigo de mi marido y de Travis».

«Lo que él no consiga nadie lo logrará. No es policía, por eso confío…».

Gladys, cuando concluyó, se volvió a mirar a Jeff.

—¿Usted ha leído esto?

—¿Yo? ¡Le juro!… ¿Es que me pone hecho un trapo?

Gladys, por primera vez, sonrió. Siguieron andando. Después de un prolongado silencio, ella dijo:

—Usted dirá qué es lo que puedo hacer.

—En primer lugar, acompañarme esta noche al *nigth club* donde trabajaba Yona Naini.

Gladys se echó a reír.

—Me lo suponía.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros.

—No sé… Quizá, por querer comprobar si la descripción que la viuda Fadner le ha hecho de esa artista, se ajusta a su criterio sobre la belleza.

Jeff anduvo unos pasos con la cabeza inclinada, como preocupado.

—Escuche, Gladys —empezó, un poco vacilante—. La viuda Fadner me habló de la impresión que tuvo la primera vez que vio la Yona. Fueron aquella noche a ese establecimiento porque Travis los llevó. Y la viuda Fadner pensó que era para darle celos a Yona.

—Lo recuerdo.

Jeff la miró pausadamente.

—Desde luego, es usted lo suficientemente hermosa para que cualquier mujer enamorada del hombre que acompañe a usted, sienta celos… No se ría. En este momento no trato de galantearla. Quiero solamente recalcarle que lo que supuso aquella noche la viuda Fadner, era erróneo. Yona no estaba enamorada de Travis.

—Pero él de ella, sí —replicó Gladys.

—Veo que se dio cuenta… Sin embargo, la viuda Fadner parece haber desechado su primera impresión… Y es cierto que Travis estaba perdidamente enamorado de Yona.

—¿Como lo sabe usted? —inquirió la artista, con viva curiosidad.

—Travis y yo, hicimos la guerra juntos. Ambos entramos en Italia en el mismo grupo de tanques.

Hizo una pausa, y agregó, con otro tono de voz:

—Un atardecer, en las primeras jornadas sobre el suelo italiano, nos encontramos con Yona.

Jeff no se dio cuenta de la mirada intrigada que le dirigió Gladys.

—Parece que la veo todavía —siguió el periodista, en tono ausente—: Al borde del camino, con trazas de golfilla.

Hubo otra pausa. Gladys, sin mirarle, preguntó:

—¿Qué hubo entre usted y ella?

El no pareció extrañarse de la perspicacia de la artista, y sin vacilar contestó:

—Llegamos a creer que nos queríamos… Pero la «cosa» pasó.

—¿Y usted sabía que su amigo también la quería?

—Entonces, no… Lo de Travis ha sido ahora, cuando vino en misión oficial. Me escribió que se había encontrado con Yona… Que se veían muy a menudo.

—¿No le decía que ella preguntaba por usted?

—Sí.

—Tal vez ella le quiere todavía.

Jeff, antes de hacerlo con palabras, rechazó con el gesto:

—No. Yona es incapaz de querer a nadie… Puede que de lo nuestro sólo quede un poco de despecho… Y ese resorte es precisamente el que pienso aprovechar. El pedirle a usted que me acompañe esta noche es para lo que la viuda Fadner supuso de Travis: darle celos a Yona…

Dejó una prolongada pausa, antes de preguntar:

—¿Acepta ese papel?

Gladys tardó en contestar. Estaba pensando en los ojos de Yona, en el inquietante misterio que llameaba en ellos.

—¿No se atreve? —preguntó Jeff, un poco impaciente.

Ella intentó coquetear:

—¿Cree usted que serviré?

No debió hacerlo. Se hubiera evitado un arañazo.

—¡Que tuviera usted de pintora las cualidades que tiene como

mujer hermosa!

Ella le miró fieramente.

—¡Estúpido!

Cuando se separaron, Gladys le dio una respuesta vaga, pero ella creía ya tener una firme decisión de no acompañarle en aquel peligroso juego.

* * *

En un reservado del bar, los tres individuos sentados a la mesa se dedicaban a contar grandes cantidades de billetes.

Dos de ellos contaban dólares. El otro, liras. Cuando los que se ocupaban de los dólares terminaron, aguardaron en silencio a que terminara el de la moneda italiana.

—Está conforme —dijo, así que concluyó.

—Lo mío también.

—Y lo mío —dijo el tercer individuo.

Cada uno, entonces, cogió pequeñas cantidades de billetes y fue distribuyéndolas en distintos bolsillos.

Uno se aflojo la correa de la cintura y metió moneda en el forro del pantalón.

En cuanto hubieron terminado, los tres recogieron los vasitos de *whisky* que tenían sobre la mesa y los apuraron.

—¿Cuándo se podrá contar con más «estampas»?

—El miércoles, calculo —contestó el que había guardado la moneda italiana.

Los otros dos se pusieron de pie.

—Hasta entonces… Y recuerda lo que te he dicho, Keast la cantidad, que te sea posible de a «cinco», con la efigie de Lincoln. Y de a «veinte» con la de Jackson.

Keast, el hombre que permanecía sentado, se echó a reír.

—Tienen gracia esas preferencias. Tan «perfectos» son unos como otros.

Les dos que estaban de pie le secundaron en la risa.

—Desde luego. Pero llevarles la corriente es mejor. El campesino lo mira y remira, y cuando está conforme lo mete en el calcetín.

—Creerán que Jackson y Lincoln son más prolíficos.

—¡No es mala cría la que van a sacar!

Los tres soltaron la carcajada.

—Hasta el miércoles, Keast.

Se marcharon, dejando a Keast sentado, el que se había guardado la moneda italiana.

Por la pronunciación, los dos que se habían marchado parecían italianos. En Keast, sin embargo, pese a que las frases las construía correctamente, su acento anglosajón persistía de manera inconfundible.

Después que hubo encendido un cigarrillo, extendió un brazo y oprimió un timbre que había en la pared, a su derecha. Al aparecer el camarero pidió otro *whisky* y la cuenta.

Momentos después salía del bar. Se aproximó a uno de tantos coches que había en la calzada, abrió la portezuela y se sentó al volante.

Ya con el motor en marcha esperó unos momentos a que pasara una «Vespa», en cuyo sillín posterior iba montado un muchacho. En seguida, haciendo una rápida maniobra, puso el coche en dirección hacia una gran avenida. Distraído en las maniobras que hizo para separarse de la calzada, no advirtió que un poco más allá otro coche hacía lo mismo, y que al arrancar echó detrás de él.

Se dio cuenta cruzando vía Flaminia. Por el espejo retrovisor procuró observarlos y vio que en el coche iban dos individuos.

Pero no le parecieron agentes.

Aceleró. Para cerciorarse de que lo seguían, torció de pronto en dirección al Tíber, buscando el puente del Risorgimento.

El azar hizo que una aglomeración de tráfico se interpusiera entre Keast y sus perseguidores.

Por unos momentos, Keast pensó que lo de sus seguidores había sido fantasía suya, o, en último caso, que había conseguido despistarlos.

Siguió entonces paralelo al Tíber y cuando llegó al puente Margarita pasó al otro lado del río. Llevaba un rato de marcha, despreocupado, cuando al cruzar una avenida, ya casi en las afueras de la ciudad, volvió a advertir el coche.

Aquello, más que inquietarle, le irritó. Apretó el acelerador y en unos instantes dejaba atrás los arrabales.

En la carretera todavía aumentó la marcha. Allá iba una caravana de camiones. En seguida los adelantó.

Se aproximaba a una curva peligrosísima, pero Keast era un buen conductor. Sin casi disminuir la velocidad, la pasó, y un poco después enfilaba una de las desviaciones de la carretera.

Dos hileras de gruesos árboles bordeaban el camino. Un poco más allá se veía una villa.

Keats cruzó la explanada que había delante de la casa, y siguiendo un camino de guijarros que atravesaba el jardín, llegó a la trasera del edificio.

Un individuo había asomado a la puerta.

—Hola, Keast.

—¿Está el jefe? —preguntó, apeándose, sin mirar al que le había saludado.

—Sí.

—¿En el «laboratorio»?

El otro asintió con un movimiento de cabeza.

—Avísale que he llegado. Y que estoy seguro de haberme desprendido de dos moscones…

El otro se metió en la casa para cumplir el encargo.

Keast entró luego. Después de cruzar dos habitaciones, echó por un largo corredor que atravesaba todo el edificio, y llegó a una especie de gabinete, donde había dos individuos sentados.

—¿Qué hay, Keast?

Éste saludó con un gesto y fue directamente hacia una ventana, cuyos cristales estaban cerrados. Los abrió y quedó mirando al exterior.

—¡Trae los prismáticos, Root! —indicó, sin volverse.

Uno de los individuos se levantó, fue a un mueble, abrió un cajón y sacó unos prismáticos. El otro individuo también se había levantado, colocándose al lado de Keast.

—¿Sucede algo?

—Algo quiere suceder.

Miraban en dirección al camino bordeado de árboles, por donde acababa de pasar con el coche.

—Hum… Esto está claro.

Cuando utilizó los prismáticos, dio una patada en el suelo.

—¡Llamad a Scherr!… ¡Que venga enseguida!…

Scherr entraba en ese momento.

—¿Qué ocurre?

Keast le tendió los prismáticos.

—Los moscones que me seguían… Seguramente han dejado el coche en la carretera. Mira a los árboles de la derecha.

Scherr se situó a lado de Keast y miró con los prismáticos. Al momento soltaba una carcajada.

—¡Vamos! ¡Debí figurármelo!

—¿Son agentes?

—No… Los envía «El Diplomático», pero no son agentes. Seguramente pretende que le renueve la plantilla.

Los otros dos individuos rieron, en tanto aproximaban la mano al sitio donde guardaban la pistola.

—Keast y Root —dijo Scherr, sin quitarse los prismáticos—. Salid con el camión por la carretera vieja, para cortarles la retirada. Nosotros los esperaremos aquí.

—Escucha, Scherr. ¿Por qué no repetimos lo del «Mulato»? —preguntó Keast, muy divertido por lo que le acababa de ocurrir.

Scherr bajó los prismáticos y quedó unos momentos pensando.

—Bien. La operación, desde luego, será más limpia.

Keast se dispuso a salir, entusiasmado por la tarea que iba a realizar. Root se disponía a seguirle pero lo detuvo.

—Prefiero ir solo —y mirando a todos—: Acosadlos, para que busquen la salida por el puente de hierro. Antes de cinco minutos ya estaré allí.

Un cuarto de hora después, Keast empezaba a impacientarse, sentado en la cabina de un enorme camión.

Aquella carretera estaba en desuso desde que terminó la guerra. En el rato que Keast permaneció a la expectativa no había visto circular ningún vehículo.

El motor del camión lo tenía en marcha. Unos centenares de metros más allá estaba el barranco, con su pasarela de hierro, sin baranda, construido por los aliados.

Keast no separaba la vista del sitio en que una ondulación del terreno hacía que la carretera tuviese una pendiente muy pronunciada.

Pasaban diez minutos desde que el coche de los enviados de «El Diplomático» debió aparecer por allí.

Keast esperó diez minutos más. Una vez transcurridos puso el camión en marcha.

Tuvo suerte, porque en aquel momento el coche que esperaba asomó en lo alto de la carretera. Calculó la distancia que le separaba del puente y graduó la marcha del camión.

Cuando el coche turismo iba a entrar en la pasarela, al camión le faltaban unos veinte metros. Keast aceleró.

Alcanzó al otro vehículo cuando ya tenía pasadas tres cuartas partes del puente. La cola del camión se había puesto tan atravesada, que el coche, haciendo un extremado viraje, se colocó en el mismo borde del puente.

El camión apenas si tuvo necesidad de empujarlo…

CAPÍTULO III

Gladys Blair, la joven pintora, tenía decidido no acceder a lo que Jeff solicitó de ella.

Pero a la hora convenida descendía por la ancha escalera del hotel donde se alojaba, vestida con un lujoso traje de noche.

Su espléndida cabellera, cuidadosamente peinada, volcábase en tirabuzones sobre los hermosos hombros desnudos.

Jeff la miró estupefacto.

—¡Maravillosa!

Ella le miró con la risa a flor de labios.

—Si he de ser sincera, tampoco usted está mal. Hasta parece un hombre correcto.

Jeff parecía muy distinto al de horas antes. Enfundado en el traje de etiqueta, diríase más esbelto, y su rostro moreno hacía un fuerte contraste con la blanca pechera.

Cuantos había en el vestíbulo les miraban. Aludiendo a esta curiosidad, comentó el periodista:

—La gente cree estar contemplando a una pareja de cine… Creo que esta noche tendremos éxito.

Frente al hotel les aguardaba un coche de alquiler que había traído a Jeff. Pero Gladys hizo que lo despidiera. Cerca tenía su soberbio «Studebaker».

Ella se sentó al volante, tirando sobre el respaldo la costosa capita de pieles. Al disponerse a subir Jeff, ella ofreció:

—¿Quiere conducir usted?

—Apenas recuerdo las calles. Conduzca usted… A propósito: nos dirigimos a otro sitio del acordado.

—¿Por qué?

—He tenido noticias de que Yona trabaja ahora en el «Stella

Club», por la calle del Veinte de Setiembre.

—Conozco el sitio. Es un establecimiento de mucha más categoría.

—Sí —murmuró Jeff—. Lo extraño es que Yona no haya progresado más… Cuando oí a la viuda Fadner la opinión que tenía de Yona pensé que se refería a otra mujer.

—Ella la cree sólo una pobre desgraciada.

Acababan de entrar en la calle del Foro Imperial. A su izquierda, el Palatino presentaba las ruinas cañoneadas por el tiempo.

—Me gustaría conocer la opinión que usted tiene de Yona —dijo de pronto Gladys.

—La de un ser ambicioso, capaz de llegar a todo por subir un peldaño… También la creo capaz en un minuto de renunciar a todo por conseguir el beso que en ese momento su boca desea.

—Es extraño —dijo Gladys, tras un breve silencio.

—¿El qué?

—Lo que usted acaba de decir. Es idéntico a lo que yo supuse de ella apenas la vi… ¿La cree también capaz de llegar al crimen?

—Yo he visto a Yona matar a sangre fría —contestó, tras unos momentos de vacilación—. Claro que era en momentos de guerra. Pero ya entonces empecé a comprenderla. Mi «enfriamiento» empezó allí…

Se detuvieron ante la fachada del «Stella Club», espléndidamente iluminada con neón.

Al cruzar el imponente vestíbulo, Gladys se acordó de la noche en que acompañó al matrimonio. En el momento de entrar en el sombrío «*music-hall*», la mujer del inspector murmuró: «¡Válgame!… Ni que fuéramos en busca de algún gángster…».

Gladys sentía ahora curiosidad por ver cómo se desenvolvía Yona en el imponente marco de este club, de ambiente tan distinto, tan refinado.

En la puerta de la sala les aguardaba un correcto «*maître*». Jeff permaneció unos momentos mirando las mesas, y luego manifestó el deseo de ocupar uno de los sitios vacíos cercanos al estrado, donde una artista de canción moderna, se hallaba actuando, graciosamente recostada contra un piano de cola. Era una mujer esbelta, vestida de blanco, y tenía cogido el micrófono, inclinándolo hacia ella.

La belleza de Gladys no pasó desapercibida en la sala. Lentamente, precedidos por el «*maître*», fueron cruzando las mesas.

Jeff marchaba el último. En una mesa situada al otro lado de la pista, precisamente frente a la que él había elegido, se hallaba sentada Yona, acompañada de un caballero.

A él también lo conocía Jeff. Era Luigi Caleffi, un célebre director de cine. Hacía poco que había llegado a Roma, su ciudad natal, después de una larga temporada de trabajo en Estudios extranjeros.

No hacía mucho, Jeff tuvo una entrevista periodística con él, en Nueva York.

Jeff sabía que apenas entrar en la sala, Yona le había visto, y su gesto de sorpresa había sido advertido por el director de cine. Mientras avanzaban por entre las mesas, Jeff sabía que los dos le estaban observando.

Delante de Jeff iba Gladys. Lenta, con una elegancia natural, su magnífica figura rematada por el casco de oro de su cabellera, avanzaba arrancando en torno murmullos de admiración.

Era seguro que Gladys se había dado cuenta de que Yona les estaba mirando, pero la joven pintora no acusó en ningún detalle el haberla visto.

Jeff se sentía por momentos más satisfecho. La cosa empezaba mejor que había imaginado.

De pronto se observó, sorprendido. Se notaba impaciente por que llegase el momento en que no tendría más remedio que enfrentarse con Yona. ¿Qué palabras serían las primeras?

En la fugaz mirada que le dirigió al entrar, su imagen le había sorprendido. Captó el brillo de su vestido oscuro, ceñido al busto, dejando gran parte del pecho, toda la espalda y los hombros, desnudos.

Sus torneados brazos, apoyados sobre la mesa, y el llamear de aquellos grandes, profundos ojos negros… ¿Ésta era la Yona que un día de setiembre, en las proximidades de Nápoles, apareció en una orilla de la carretera, con aspecto de golfilla, y agitaba los brazos saludando los tanques que avanzaban en vanguardia?



Le sacó de su abstracción la presencia del camarero. Pidieron un combinado.

Al quedar solos, Gladys, con los ojos entornados, burlona, preguntó:

—¿Qué?

—A esperar acontecimientos —contestó Jeff, procurando un aire despreocupado.

—Es sorprendente cómo cambia esa mujer —manifestó Gladys, tras una pausa, después de haber mirado disimuladamente hacia Yona—. En la Comisaría llegó a parecer una criatura

insignificante… Y ahí la tiene. No creo haya en la sala mujer de belleza más personal… ni más inquietante.

Jeff se disponía a replicar con una galantería, pero Gladys le atajó:

—Le estoy hablando en serio… ¿De veras cree que ella puede estar relacionada con la muerte del inspector Fadner y el agente Travis?

—Casi puedo asegurarlo.

—¿Puedo conocer los motivos?

—Travis fue asesinado cuando estaba a punto de conocer los principales afluentes del «racket» de narcóticos en Italia y traficantes de dólares falsos. Travis tenía casi la certeza de que Yona estaba complicada. En una de sus últimas cartas me revelaba que estaba loco por ella y que no tenía valor para perderla. Pero que tampoco podía faltar a su deber… Y me pedía ayuda.

—¿Qué hizo usted?

—Nada. En realidad; ni siquiera le aconsejé. Me limité a bromear. Me pareció más prudente no tomarlo por lo trágico… Más tarde el inspector Fadner me llamó a su Departamento. Conocía mi amistad con Travis y me hizo entrever su inquietud por la conducta del agente en Roma. Pidió mi opinión… Hice lo que pude por favorecer a Travis, pero al mismo tiempo dándole a entender que yo también creía que mi amigo pasaba por un mal momento. Entonces el inspector me anunció que se iba a tomar unas «vacaciones», que pasaría en Roma… Ocho días después me anunciaban la muerte de ambos…

En el estrado había comenzado a actuar una pequeña orquesta. De pronto, sobre las vivas notas de una rumba, se oyó una voz opaca de mujer, de timbre tan extraño, que tan pronto resultaba desagradable como atraía por su misma particularidad.

Jeff se había situado casi de espaldas al estrado. Se disponía a volverse, cuando Gladys advirtió:

—No se mueva. Es Yona quien canta y nos está mirando. No tendría usted más remedio que reconocer que la ha visto.

Jeff permaneció inmóvil. Entonces, los ojos azules de Gladys cambiaron de luz. Se quedó mirando fijamente a Jeff.

—¿O cree que ya es llegado el momento de hacerlo?

—No. Todavía no —se apresuró a contestar Jeff—. Si quiere que

le sea sincero, no sé qué hacer… Esto se está desarrollando de manera distinta a como yo tenía planeado.

Gladys volvió a afilar la mirada, y dijo, al tiempo que mostraba una sonrisa irónica:

—Sea del todo sincero. Usted no esperaba encontrar a Yona así… Por cierto que ahora me doy cuenta de que además es una excelente bailarina.

Efectivamente, hacía unos momentos que Yona había dejado de cantar, y su esbelta figura, silueteada maravillosamente por aquel vestido extremadamente ceñido, seguía con ondulaciones y vueltas rápidas los compases de la rumba.

Cada vez que giraba el vestido se abría hasta la cintura, y había momentos en que daba el efecto de que bailaba desnuda.

La atención de todas las mesas estaba puesta en el estrado. Tal vez Jeff era el único que no miraba.

La misma Gladys, sin darse cuenta, había abandonado su reserva y parecía prendida en las evoluciones de la bailarina.

Por unos instantes, Gladys olvidó el motivo que la había llevado allí. En aquel momento en ella sólo había ojos de artista. Otra vez había surgido en su mente aquel cuadro largamente proyectado.

—Desde luego…, su cuerpo es maravilloso —murmuró.

Cosas muy oscuras comenzaron a aclararse en su mente. Sobre un lienzo imaginario veía cómo empezaban a plasmarse esbozos de un ser de diabólica belleza, retorciéndose dentro de una hoguera.

Varias veces Gladys se había encontrado con los ojos de Yona, y la pintora sostuvo la mirada.

De pronto sintió un escalofrío. ¿Qué odio, qué amenaza fluía de aquellos ojos?

—¡Vuélvase, Jeff! ¡Mírela! —pidió, angustiada.

El periodista, sorprendido por la voz de Gladys, se volvió y miró al estrado.

Los ojos de Yona se aferraron a los suyos. Y algo extraño, como si de pronto hubiesen irrumpido en el alma de la bailarina resonancias desconocidas, todo en ella cambió.

Su aire satánico, aquellas ondas perversas que cualquier movimiento de su cuerpo parecía emitir, se trocaron en algo apacible, sumiso al mandato misterioso de la música.

Para la mayoría aquella transición pasó inadvertida. Al terminar

el número sonaron muchos aplausos.

Yona descendió del estrado y fue a la mesa de Luigi Caleffi. Sin hacer caso de los calurosos elogios del director de cine, se sentó y se quedó mirando a la mesa de Jeff.

—¿Se siente con ánimos para comenzar la batalla? —preguntó Gladys.

Le sorprendió la serenidad con que el periodista contestó:

—¿Y por qué no? ¿Qué es lo que usted supone?

Nada parecía haberle impresionado menos que haber mirado a Yona. Entonces, Gladys miró a Jeff como quien contempla algo absurdo.

En realidad, el fallo estaba en ella misma. Su perspicacia en aquel instante quedó desorientada, pero a pesar de la serenidad de Jeff, de su aire indiferente, en ningún momento se sintió más débil.

Cuando Jeff vio que Luigi se levantaba y se dirigía a su mesa, el periodista se disponía a encender un cigarrillo.

—¡Mi querido amigo! ¡Qué gratísima sorpresa!…

El inglés, en boca del italiano, tomaba de pronto un tono a canción, y a mar latino.

Jeff, de pie, estrechaba la mano que le tendía Luigi. En seguida hizo las presentaciones.

—¡Oh! ¡Gladys Blair!… ¡Admirable! ¡Maravillosa! Conozco lo más representativo de su arte… ¡Siempre inquieta! ¡Siempre interesantísima!

De repente se calló. Como si todos los vocablos se hubiesen borrado de su memoria.

—¡Sí! ¡Eso es! —continuó, cuando pareció encontrar el camino —. Venía a que me concedieran el honor de pasar a nuestra mesa… ¿O prefieren ustedes que vengamos a la suya?… Yona quería…

—Es preferible que vengan ustedes a nuestra mesa —manifestó Jeff—. ¿No le parece, Gladys?

—No tengo inconveniente.

—Siéntese, Caleffi. Iré por Yona.

Cuando Jeff y Yona quedaron frente a frente, el saludo fue escueto:

—Hola.

—Hola.

Como si Luigi ya tuviese convenido con Yona dejarlos solos, al

poco de estar los cuatro sentados, sacó a bailar a Gladys.

La joven pintora se levantó sin ocultar con su sonrisa que se daba cuenta de la maniobra y que la secundaba.

Al quedar solos, Yona miró en silencio a Jeff, invitándolo con los ojos a que él iniciara la conversación. El hermoso busto de la bailarina, casi desnudo, palpitaba a impulsos de una acelerada respiración.

—¿Qué hiciste de Travis?

Y al hacer esta pregunta la voz de Jeff sonó ronca.

—Ya imaginaba que sería esto lo primero que preguntarías… Como también sabía que sólo por esto vendrías.

Jeff la miró inquisitivo:

—Por algún motivo supondrías esto.

—Porque sé que estabas enterado de los pasos de Travis. Conozco lo que te decía en sus últimas cartas.

—¿Sí? —inquirió Jeff, incisivo.

—Fue él mismo quien me las dio a conocer. Estás equivocado si crees que he contribuido a su muerte. Sabía que se estaba metiendo en un mal asunto y se lo advertí… Pero cuando quiso hacerme caso, ya era demasiado tarde. La llegada del inspector Fadner le impidió la retirada.

Se calló, cogió el vaso que tenía delante y lo acercó a los labios. Jeff la observaba, callado.

—La noche que esa señorita y el inspector estuvieron donde yo trabajaba… —Cambió de tono, agregando, vivamente—: Es muy hermosa esa mujer, ¿verdad, Jeff?

—Sí, muy hermosa —contestó fríamente.

—Pero tú «todavía» no estás enamorado de ella… Eso se ve enseguida.

—¡Yona!

—Aunque tú a ella sí le gustas.

Jeff parecía indignado y se disponía a replicar, cuando al oír lo último quedó desconcertado.

—Todo esto está fuera de lugar… Yona: Quiero que me digas cuanto sepas sobre la muerte de Travis y el inspector —pidió secamente.

La bailarina apoyó los brazos sobre la mesa e inclinó un poco la cabeza. A un lado de la cara se le volcó parte del cabello, de un

negro brillante.

—¿Te has hecho ahora policía?… Creí que ya eran bastantes con los que hay indagando en este asunto.

—Este asunto ya está archivado —dijo Jeff, sabiendo que ella no había de creerlo.

—Sí… Agentes del Servicio Secreto americano trabajando con nuestra Guardia di Finanza… Pero está «archivado» —sonrió, en burla, antes de preguntar—: ¿Confías en tener más suerte que ellos?

—Yo de ti no me burlaría.

—No me burlo… Sé en qué situación me encuentro, *y el* menor error puede destruirme. Este asunto me está perjudicando más de lo que tú puedes imaginar. Precisamente cuando los caminos se me están abriendo. ¿Sabes que Caleffi me ofrece un contrato para varias películas?

—Magnífica oportunidad, Yona… Sólo que el pasado puede interceptarte el camino.

Yona acababa de encender un cigarrillo. Antes de contestar tiró una larga bocanada de humo.

—El pasado no me preocupa. Es menos que esto.

Y dando un leve soplo, la raya de humo quedó truncada.

Jeff se puso a jugar con el paquete de cigarrillos.

—Me parece que no será tan fácil borrar las huellas —dijo, recortando los vocablos— cuando se ha sido heroína del «Bosque sin Ley».

No quiso mirarla. Estaba seguro de que Yona había palidecido.

Advirtió el temblor que de pronto acusaron sus brazos, y vio cómo sus afilados dedos estrujaban el cigarrillo.

—¡Jeff!…

La voz de la bailarina sonaba asfixiada.

—¿Verdad que no será tan sencillo borrar esos pasos?

De repente, Jeff había puesto delante de Yona el período tenebroso de ruinas y desesperación en que quedó Italia al acabar la guerra.

Millares de seres sin hogar, acosados por la miseria, moralmente deshechos, lanzándose a la mendicidad, al robo, al crimen.

La Italia derrumbada era campo feraz para desertores de todas las patrias. Y Tombolo, el «Bosque sin Ley», próximo a Liorna, acogía en sus madrigueras a contrabandistas, a asesinos; a una

juventud deformada, casi irredenta.

—Triste historia la tuya, Yona… ¿Qué buscabas por ese camino?

Se encontró con los ojos de ella, encendidos de una manera que sobrecogía. Era la misma mirada que antes había aterrorizado a Gladys.

—Jeff… No he dejado de quererte.

Su voz era fosca, pero llena de energía.

—Hasta ahora toda mi ansia ha sido trepar —continuó Yona—. Lo he hecho para que un día te dieras cuenta de que todavía existía… Pero ahora que te tengo delante… sería capaz…

Vaciló, y fue el mismo Jeff quien concluyó la frase:

—Ce matarme.

—Sí.

—Lo sé, Yona… Y estoy seguro de que no te temblaría la mano.

Tras una pequeña pausa, ella manifestó:

—Te he querido mucho… Pudiste hacer de mí lo que hubieras querido. Tú lo sabías… A pesar de eso, me dejaste…

Jeff sabía que decía verdad, aunque antes le había dicho a Gladys que era incapaz de amar a nadie. Le complacía opinar así con respecto a Yona.

—Me tuviste miedo… cuando yo no era más que un crío a merced tuya… ¿A qué vienes ahora? ¿Es que ya no me temes? Pues ahora es cuando verdaderamente soy peligrosa, Jeff. Si tratas de interceptarme el camino, te arrollaré. No estoy tan sola como parece.

—Lo supongo. Muchos compañeros del «Bosque sin Ley» ahora visten de frac y ocupan altos cargos…

—Exacto. Y cuando lo creo conveniente sé conmover. ¿Nada te ha dicho la viuda del inspector, sobre mi forma de llorar? —concluyó, riendo.

Jeff sentía su risa como un trallazo.

—¡Márchate, Jeff!… Hay demasiados ocupándose de este asunto. Ellos saben que no conseguirán nada, pero hacen como que indagan, para guardar las apariencias. Es el mejor modo de que todo quede bien. Pero yo sé que tú has venido tomando la cosa en serio. Y te estrellarás.

Hacía unos instantes que había terminado el baile. Caleffi y Gladys se acercaban a la mesa.

—Márchate, Jeff —recalcó Yona, antes de que llegaran.

En el resto de la velada arabos parecieron rehuir el quedar solos otra vez.

Yona subió al estrado a interpretar otro número. Pero cuando volvió a la mesa sólo recibió la felicitación de Luigi Caleffi.

Jeff y Gladys estaban conversando y no parecían haberse dado cuenta de que ella acababa de actuar. Gladys manifestó que deseaba marcharse. Por momentos sentía mayor malestar en aquel sitio.

—Usted puede quedarse, Jeff.

—Ni pensarlo —se apresuró a contestar el periodista—. Nos iremos juntos.

Cuando se dirigió a Yona los ojos de la bailarina tenían una amenaza afilada.

—Mañana volveré, Yona… Deseo hablar contigo.

Ella miró primero a Gladys. Luego, a Jeff:

—Yo también —contestó, escueta.

Momentos después, apenas Gladys puso el coche en marcha, preguntó:

—¿Satisfecho?

—Creo que sí… Aunque todo ha sucedido de distinta manera de como yo lo había imaginado.

—Su mayor sorpresa la ha tenido con Yona, eso se ha visto enseguida.

—Es verdad. Ha llegado a desconcertarme.

Durante unos momentos permanecieron parados en un cruce de calles donde la circulación era muy intensa.

—Es que no puede imaginar la distancia que existe entre la mujer que ha visto ahora y la que yo dejé entonces…, a pesar de que en lo esencial sigue siendo la misma.

Detrás de ellos un pesado camión hacía insistentes señales para que le cedieran el paso. Gladys arrancó.

Se metieron por una avenida donde el tránsito era muy escaso. Una franja de jardín, bordeada de elevados árboles, partía en dos la ancha calle.

—Entonces casi queda justificada la actitud de su amigo Travis —dijo la pintora, con cierto retintín.

—¿Por qué dice eso? —preguntó, molesto—. ¿Qué es lo que supone?

—No supongo nada. Lo que voy a decirle es bien evidente. O procura apartarse del área de esa mujer, o ella le destruirá. En sus ojos he podido ver muchas cosas. Creo que ella aún le ama, pero el odio con que mira todo cuanto pueda estorbarla es aún mayor. Si ella decide que destruirle a usted es preferible a amarle, estará usted perdido. Yo misma…

Allá detrás, los potentes faros de un pesado camión avanzaban a toda velocidad, devorando con sus chorros de luz totalmente abiertos cuanto se colocaba a tu alcance.

—Yo misma, a pesar de que ella estaba convencida de que era una farsa, he llegado a sentir su amenaza.

El «Studebaker» quedó dentro del área de luz del pesado vehículo. Un instante, Gladys se sintió deslumbrada, sin seguridad en la dirección. Como dentro de una hoguera muerta, sin calor.

Y unos segundos antes, como si hubieran querido poner una rúbrica a lo que iba a ocurrir, sonaron unas llamadas de claxon.

Las planchas, estrujadas, dieron el efecto de que estallaban y se expandían en multitud de fragmentos. El «Studebaker» se precipitó contra la cuneta de árboles y quedó clavado en uno de ellos, la parte posterior en alto, donde enseguida irrumpió un airón de llamas.

Ayudándose con los pies, Jeff consiguió abrir la portezuela. Rápidamente saltó a tierra.

Introdujo medio cuerpo en el «baquet» y agarrando el cuerpo inerte de Gladys, tiró con todas sus fuerzas.

Con ella en brazos echó a andar, como beodo, alejándose del coche. Todo rodaba.

Cuando llegó a la acera, sin soltar su carga, fue doblándose lentamente hasta quedar medio arrodillado.

Miró a un lado y otro. Oía voces y pasos precipitados que se aproximaban, pero no pudo ver a nadie.

La sangre que le resbalaba por la frente acababa de llenarle los ojos. Antes de quedar desvanecido, en la borrosidad que se producía en su pensamiento, algo quiso apuntar:

—Yona… Tú…

Pero una ola negra borró aquel pensamiento medio apuntado en la arena…

CAPÍTULO IV

Lo primero que vio al despertar fue su frac, sucio de tierra y sangre, colgando de un perchero.

Se encontraba echado sobre la cubierta de una cama, los pantalones y los zapatos puestos. La camisa, de incólume pechera, había desaparecido, y veíase desnuda su fuerte musculatura, el robusto tórax apenas cubierto por la camisa «*sport*».

El primer impulso de Jeff fue saltar de la cama, pero fuertes pinchazos en la cabeza lo mantuvieron inmóvil.

Entonces reparó en la presión que las vendas ejercían en su frente.

—Permanece quieto, Jeff. Pon primero orden en las fichas de tu cabeza —dijo en inglés una voz jovial, con acento marcadamente italiano.

El americano sonrió, al reconocerle.

—¡Marsili!

Nello Marsili, periodista italiano e irreductible «globe-trotter» con quien Jeff había compartido multitud de peripecias.

—He llegado esta noche procedente de Egipto. Sabía que te encontrabas en Roma y fui a hospedarme en tu hotel, cuando, apenas dejar las maletas, me comunicaron tu bonito final de fiesta… No te esfuerces en hablar, si ello te molesta. En este momento están curando a tu bella acompañante. Nada grave, según me han dicho. Fuerte conmoción y algunos rasguños… Lo más importante son las quemaduras en el brazo izquierdo. En fin, nada que menoscabe su cátedra de belleza personal. Gladys Blair seguirá siendo la divina mujer que era.

Jeff había ido incorporándose.

—¿Qué haces?… ¡El doctor ha dicho que no te muevas! Espera

por lo menos a que en tu cerebro se coloque todo en orden.

Marsili se quedó mirando la musculatura de Jeff.

—Bebías mandar la pluma al cuerno y hacerte luchador. Creo habértelo dicho en otra parte… ¿En
Hong-Kong?…
Sí, cuando aquel fregado con los contrabandistas malayos… ¿Sabes que aquello me valió unos miles de dólares? Hice un guión para el cine… El cincuenta por cien de los beneficios te pertenece, pero tendrás que esperar. Me coges sin fondos. ¿Es raro, verdad?

Jeff se había sentado en el borde de la cama.

—Marsili, necesito tu ayuda.

—La tienes. ¿Para qué estoy aquí?

—Si la cosa sale bien, tendrás otro guión y no me deberás nada.

Nello Marsili se apresuró a sentarse a su lado.

—¿De qué se trata?

—Preparo unos reportajes sobre el mercado negro de divisas.

—Particularmente… sobre el tráfico de divisas falsas.

—Sí.

—¿Quieres un consejo?

—No.

—Lo suponía. De todas formas, ahí va: Ese asunto ya ha sido intentado por otros compañeros. Yo mismo me sentí tentado una vez… Y tuve que hacerme atrás. Aún quiero ver más mundo.

La mirada que le dirigió Jeff borró del rostro del italiano la expresión divertida.

—Entiende lo que quiero decir —se apresuró a manifestar Marsili—. Si lo que tú pretendes es una información de superficie, con mucho pintoresquismo y poco meollo, fácilmente podrás hacerla. Incluso muchos metidos en el asunto te ofrecerán ayuda. Pero creo conocerte bien para saber que no es eso lo que tú quieres.

—Desde luego que no. ¿Te acuerdas de Travis Wick?

—¡Travis!… ¡El de la borrachera de Salerno!

—¡Ha sido asesinado, con el inspector Fadner… y el Gobierno de mi país permanece cruzado de brazos!…

Nello Marsili se sentó de nuevo, pero ahora frente a su amigo.

—No creo que las autoridades de tu país permanezcan quietas. La política tiene posiciones absurdas, vistas desde abajo… Es muy posible que a tu país le convenga en este momento sacrificar a esos

dos policías, antes que llegar a la raíz del asunto. Durante la guerra todos sabíamos que la Wilhelmstrasse producía moneda inglesa. La libra esterlina, en manos de Hitler, era un arma tan eficaz como la Luftwafe. Pero vencida Alemania, es el dólar quien lleva la voz cantante. ¿Y quién crees que los produce?

El misma se dio la respuesta.

—Fábricas situadas al otro lado del telón de acero —se encogió de hombros y añadió—: Pero con saber eso, no hemos conseguido nada. Lo importante es conocer cómo pueden venir a este lado y circular libremente.

—De eso se encargan las embajadas. Y ya sé dónde vas a parar: a decirme que esa semitolerancia sólo es posible si los Poderes Públicos de determinados países están «contaminados». Lo sé… Pero yo en este caso sólo pretendo hallar el brazo armado que ha asesinado a mis dos amigos… En lo que respecta a los perjuicios que esta invasión de divisas falsas pueda producir en la economía de mi país, no me incumbe. El Departamento del Tesoro tiene sus agentes.

Los dos permanecieron unos instantes callados. Nello Marsili parecía muy preocupado.

—No te niego mi modesta ayuda, Jeff…, pero no quisiera alentarte a seguir por un camino en el que sé que caerás.

El periodista americano se puso de pie, al tiempo que soltaba una risa llena de ira.

—¡Ya lo han intentado!… Y el «accidente» de esta noche está producido por ellos.

El italiano hizo un gesto de asombro.

—¡Pero será posible!…

Jeff se lanzó, agarrándolo de los hombros, zarandeándolo, dando el efecto de que iba a estrellarlo contra la pared.

—¡Basta de disimulos, Marsili! Tú lo sabes tan bien como yo. Y estás aquí solo para informarte de nuestra situación, para luego transmitírsela a Yona.

El italiano había palidecido.

—¡Jeff!… ¡No irás a dudar de mi amistad!…

—¿Tu amistad?… Acabas de decir que has llegado esta noche a Roma… ¡y has mentido! Hace dos días que me encuentro aquí y sé la «trattoria» que frecuentas todas las tardes a consumir frascos de

Chianti. Sé también con qué clase de gentes te reúnes…

Toda la jovialidad, aquella simpática picardía que parecía la expresión perenne en el rostro de Marsili, se había extinguido.

Aparecía ahora un hombre totalmente distinto. Diríase que en unos instantes había envejecido.

—¡Jeff! ¡Yo te juro!…

Jeff acababa de enfilarse el frac. Sin la blanca pechera, aquella indumentaria había perdido su personalidad. Exactamente lo que ocurría con el rostro del italiano.

—Nos conocemos demasiado y sé que por un vaso de vino venderías tu alma… Voy ahora a averiguar qué le pasa a Gladys. Después aclararemos lo tuyo.

Nello Marsili tenía los ojos húmedos, como si fuera a llorar.

—Lo que te he dicho de Gladys Blair es lo que a mí me ha comunicado el doctor. Eso puedes comprobarlo.

—¿Y qué sitio es éste?

—El Puesta Central de Socorro «Garibaldi».

—Saldremos de aquí enseguida. Permanecer en vuestras manos es permanecer a merced del diablo.

Miró agresivo a Marsili, deseando que éste protestara, para desahogarse con él. El rostro del italiano tenía ahora una expresión tan amargada, que Jeff quedó desarmado.

—¿Qué? ¿No protestas?

Marsili hizo un gesto resignado.

—¿Para qué? Sería volver a nuestras viejas discusiones… Lo malo es que en tu pueblo hay muchos como tú. Mi país se os ha ofrecido y creéis que sólo con darle dólares lo tenéis vuestro. Mala táctica, Jeff… Quizá cuando lleguéis a daros cuenta se os haya ido de las manos…

—¡Y qué nos importa vuestra alianza, si nos ibais a apuñalar, tan pronto nos vierais en dificultades!… ¿Te ha importado mucho nuestra amistad para presentarte ante mí mintiendo? ¿Cuánto cobras por este servicio?

Jeff se enardecía con sus propias palabras. Desde fuera se le oía.

—Cobro… exactamente los insultos que quieras dirigirme. He venido porque Yona me lo ha rogado…

—¡Yona! —exclamó Jeff, con los ojos inyectados en sangre.

—Ella ha sabido el «accidente», al poco de haber ocurrido. Iba a

venir ella misma. Quiere que sepas… que «esto» no es cosa suya.

Jeff hubiera querido disponer en aquel momento de todas sus facultades, para soltar una estruendosa carcajada. Se disponía a salir, pero el italiano le cogió de un brazo.

—Queda algo muy importante que quiero que sepas.

Jeff le cortó fríamente:

—En este momento lo único importante es saber cómo se encuentra Gladys… Sígueme.

Se levantó las solapas del frac, abrió la puerta y salió. Un enfermero le salió al paso.

—¿A dónde va?

—Quiero ver a la señorita que han traído conmigo.

—Ya. La del accidente de automóvil…

—Sí. La del «accidente» —repitió Jeff, sardónico.

—Aún no ha vuelto en sí.

Siguieron corredor adelante y luego torcieron a la izquierda. Había un fuerte olor a quirófano, y una vieja herida, sufrida por Jeff en las primeras jornadas de guerra, pareció reverdecer.

La habitación estaba abierta. Junto a la cama veíase a una enfermera, y a un hombre alto, que hablaba de una manera muy rápida y chillona.

Al ver a Jeff fue a su encuentro.

—Precisamente iba a buscarle… ¿Qué fecha es hoy? Téngala muy presente. Hoy han nacido los dos…

Jeff no le escuchaba. Miraba el lecho. Sobre la blanca almohada, la cabeza de Gladys proyectaba una gran mancha de oro. El brazo izquierdo lo tenía fuera de la cobertura, vendado desde la muñeca hasta más arriba del codo.

Su hermoso rostro, inmóvil, pálido, parecía por momentos ir recobrando vida.

—¿Podría comunicar por teléfono? —preguntó Jeff.

—¡Cómo no! ¡Cesare! ¡Acompaña al señor!… Ah, olvidaba decirle que hemos comunicado con el Consulado. De un momento a otro estará aquí un representante de su país.

Jeff escuchó la noticia, indiferente. Ningún apoyo oficial pensaba pedir.

Fue en busca del teléfono. Minutos después se hallaba de vuelta. En el momento en que entraba en la habitación, Gladys abría los

ojos.

Como si la imagen de Jeff le sirviese de asidero, Gladys fue centrándose en la realidad, y su rostro iba transformándose, llenándose de vida.

—Por esta vez quedará usted escarmentado —dijo, sonriendo.

—¿De qué, Gladys?

Pero ella pareció cambiar de idea.

—No sé… En realidad, puede que toda la culpa esté en mí. Recuerde que yo estaba hablándole, muy ofuscada… Debí distraerme…

Jeff estaba convencido de que el «accidente» era una cosa provocada. Desde que salieron del «Stella Club» el camión los había seguido, y tan pronto dio el trompazo, desapareció.

—Usted, lo mismo que yo, sabe de dónde viene el golpe… Pero dejemos esto ahora. Si usted no dispone otra cosa, he telefoneado a unos amigos para que la trasladen a su hotel. Vendrá un doctor, también amigo. ¿Qué opina?

En ese momento, Gladys hizo un gesto de dolor, producido por las quemaduras.

—Lo que usted haga, bien está, Jeff. Ahora le toca a usted conducir.

Entró apresurado un enfermero para anunciar que había llegado un delegado del cónsul americano.

El doctor corrió a su encuentro. En la habitación quedaron, Jeff, Marsili y Gladys. No tardaron en oírse pasos que se aproximaban.

En el pasillo, frente al marco de la puerta, se detuvo un hombre alto, corpulento, correctamente vestido. Detrás se encontraba el doctor.

Entró saludando con perfecta pronunciación yanqui.

—Al señor cónsul le ha sido imposible venir personalmente, pero ha dispuesto todo para que sean atendidos como se merecen… Serán trasladados al sanatorio «Lincoln». Tanto el personal como las instalaciones, son norteamericanos… También se han dado órdenes para que se abra una investigación de lo ocurrido.

Tal como se encontraba Jeff, tenía de perfil al delegado, y veía su nariz achatada, y un trozo de su boca grande, con colmillos de oro.

—¿Usted es Jeff Rayner? —preguntó de pronto volviéndose de

cara al periodista.

—Sí —contestó Jeff.

—Tendremos que esforzarnos en atenderles con todo cuidado —dijo, mostrando en una ancha sonrisa las complicadas reparaciones de su dentadura—. No nos gustaría que su pluma nos cogiera por medio.

Entonces fue cuando reparó en Nello Marsili. Esquivó su mirada, como si quemara.

—Y bien: Cuando ustedes quieran… Afuera espera una ambulancia.

—Puede decirle que se marche —manifestó Jeff—. Tanto la señorita Blair como yo, agradecemos sus atenciones, pero de momento no precisamos los servicios del Consulado…

—Admitiendo que Murray Scherr pertenezca al Consulado —dijo Marsili, al tiempo que daba unos pasos hacia el fondo de la habitación.

El hombre de los colmillos de oro dio el efecto de que chocaba con algo, y tuvo una sacudida. Se quedó mirando al italiano, con gesto de estupor.

—¿Qué está diciendo?

Marsili sostuvo su mirada.

—¡Márchese, Scherr! Jeff es mi amigo…

Jeff dio un salto y se colocó cerca de la puerta. El doctor y el enfermero, sin darse aún perfecta cuenta de lo que ocurría, instintivamente se habían apartado, pegándose a la pared, próximos a la cabecera de la cama.

—¡Vienes a rematar el golpe! —exclamó Jeff.

El individuo de los colmillos de oro ya no creyó necesario disimular, o sus nervios no se lo permitían. Miró primero adonde estaba Marsili.

El italiano, metida una mano en un bolsillo de la chaqueta, sostuvo su mirada.

—¡Maldito cobarde! —rugió Scherr.

Parecía que iba a lanzarse sobre él, pero, súbitamente, se volvió dirigiéndose a la puerta.

Allí le aguardaba Jeff.

—¡No intentes salir! ¡Antes tendrás que explicar!…

Scherr era corpulento. Las vendas de Jeff eran una prueba de

que podría atacar con ventaja.

Pero esta creencia se esfumó al recibir un puñetazo de Jeff, en las mandíbulas.

Retrocedió y durante unos segundos permaneció indeciso. Se pasó el dorso de una mano por la boca, y se la ensució de sangre.

Esto le hizo reaccionar. Miró a Jeff de manera distinta a como lo había hecho hasta entonces. Los vendajes le habían hecho confiarse.

Avanzó de nuevo, pero ahora más alerta. Jeff no aguardó a que llegara. Lanzándose de un salto, se puso a golpearle, sin darle tiempo a que realizara ningún movimiento de defensa.

Gladys, desde la cama, miraba atónita cuanto estaba ocurriendo, medio incorporada. Todo estaba sucediendo tan rápido, que en el doctor y el enfermero todavía se mantenía el gesto de estupor del primer momento.

Los golpes sonaban secos seguidos de rugidos. Scherr había conseguido devolverle algún golpe a su adversario, pero la furia con que le atacaba Jeff era incontenible.

Aprovechando las evoluciones a que ambos se veían obligados para esquivar los golpes, habían ido aproximándose a la puerta. Jeff se dio cuenta de lo que buscaba, pero ya no podía impedirlo. Notaba que sus fuerzas se agotaban.

Debajo de los vendajes se le había despertado un zumbido que lo aturdía. Presentía que iba a caer desvanecido. Si el adversario se daba cuenta, estarían perdidos.

Por suerte, tan pronto Scherr se vio en la puerta, no pensó más que en huir, al tiempo que daba voces para que alguien acudiera.

El doctor y el enfermero también escaparon, en dirección opuesta.

—¡Jeff! —exclamó Gladys.

Marsili llegó a tiempo de sostenerle.

Jeff apoyó la espalda contra un tabique y permaneció con la cabeza inclinada. La habitación había instantes en que giraba a una velocidad de vértigo.

El peligro le hizo recobrarse.

—¡La puerta!… ¡Ciérrala! —ordenó a Marsili.

El italiano, al comprobar que su amigo podía sostenerse, lo soltó y fue a cerrar la puerta. Antes de hacerlo escuchó afuera.

—¡Vienen!…

—¡Cierra! —Volvió a mandarle Jeff.

Todavía aturdido, se aproximó a la puerta y empujó a Marsili, Pasó el pestillo y luego apuntaló la puerta con una silla.

—¡No tener un arma! —rechinó Jeff.

—Toma —dijo el italiano.

La primera reacción de Jeff fue de alegría. Ya con el arma en la mano, iba a volverse de cara a la puerta, cuando cambió, mirando torvo a Marsili.

—¿Por qué no me la has dado antes?

—No he tenido tiempo… Me la dio Yona, para que te la entregara… Ella ya suponía esto.

Era una «*Parabellum*». Jeff fue apaciguando el gesto.

—Te perdono lo que me adeudas por el guión de
Hong-Kong.
Y con mil francos de Chianti haré que me perdones lo que te dije antes…

—Hace ya tiempo que no tomo nada en cuenta.

Un débil quejido les hizo volver la cabeza. Era Gladys, que envolviéndose en una sábana, se había levantado, y descolgando el vestido del perchero, intentaba ponérselo.

—¡Gladys!… ¡Deje eso ahora! Cúbrase como pueda y Colóquese en este ángulo. Tal vez…

Las detonaciones ahogaron su voz. Con el brazo empujó a Marsili hacia donde estaba Gladys. Les hizo un gesto para que se arrinconaran y avanzó una mano, agarrando el pestillo. Dio una patada a la silla y abrió, agachándose.

Afuera se produjo un estruendo de disparos y pasos precipitados. Disparando retrocedían hacia la puerta de la calle. Varios proyectiles mordieron en una jamba de la puerta.

Jeff disparó casi tendido en el suelo. Se oyó lejos un alarido.

Y todo quedó de pronto en total silencio. El único ruido llegaba de lejos, de la calle. Rugir de motores al ponerse en marcha a todo escape, y algún disparo.

—Creo que ha habido bastante ruido para que haya público —comentó Jeff, humorístico.

—No te fíes —replicó Marsili—. Scherr sabe muchas tretas.

Jeff cerró la puerta. Ahora no encajaba bien, y tuvo que forzarla.

—¿De qué conoces a ese individuo?

Marsili estuvo unos momentos vacilando.

—Es un desertor de vuestro Ejército… Y es de los que han estado en el «Bosque sin Ley»… Es hábil para dominar. Y muy sanguinario. De no encontrarse presentes el doctor y el enfermero, seguro que hubiera sacado la pistola, y hubiera terminado con vosotros, sin daros tiempo a hablar.

—¿Amigo de Yona? —inquirió Jeff, sombrío.

—Yona ha estado sujeta a Scherr mucho tiempo… Pero ya no le teme.

—¡Calla!…

Era porque acababa de advertir pasos, acercándose. Y enseguida, rumor de conversación. Al poco, sobre las demás voces se oyó la del doctor.

—¡Hasta aquí se han atrevido a llegar!… ¡Esto es espantoso!

Jeff reconoció la voz de alguien que, en pésimo italiano, contestaba al doctor.

Era el inspector Cowley, de servicio en la Embajada.

Cowley y su
«G-men»
acudían a la llamada de Jeff Rayner, el periodista. Mientras pudieran, evitarían darle a aquella intervención un carácter oficial.

Era lo que Jeff había convenido con el inspector…

* * *

Al salir del puesto de socorro, acompañados del inspector, fue cuando Jeff se sintió más afectado por lo que había ocurrido. No podía dejar a Gladys en el hotel, a merced de cualquier represalia.

—Gladys: De ésta, va a acordarse siempre de mí. Le he hecho perder un coche, le he regalado unas quemaduras en el brazo y ahora no va usted a sentirse segura en ningún rincón de Roma.

Gladys, recostada sobre unas almohadas en el asiento posterior del coche, repuso, con tono optimista:

—Las quemaduras no son nada. Y el coche estaba asegurado. En cuanto a mi seguridad personal…

—Yo no puedo dejarla en el hotel. Sería una estupidez.

—En Roma tengo amigos de sobra que me darán cobijo seguro. Únicamente que acudir a ellos a estas horas sería alarmarles…

Lléveme al hotel. Allí aguardaré a que se haga de día.

—No la dejaré hasta que la vea en sitio seguro.

Llevaban dos coches. Jeff y Gladys iban en el primero. También Marsili y el inspector.

Las calles tenían el aspecto desolado de la madrugada en una gran ciudad.

—Las emociones que he experimentado acompañándole en su empresa —siguió Gladys, procurando un tono alegre—, no las he pagado demasiado caras… hasta este momento. Y usted creo que tampoco puede quejarse.

Jeff la miró extrañado.

—¿Es que pretende hacerme creer que esto le divierte?

—¿Es que a usted no?… Estoy dándome cuenta de que tanto usted como yo, somos unos pésimos sicólogos. Aún no hemos sabido «ver» a Yona…

—Nadie sabrá verla en una trayectoria definida.

En la penumbra del coche, los ojos de Gladys relumbraron unos momentos, abiertos extremadamente al querer captar la expresión de Jeff.

—¡Marsili! —dijo de pronto Jeff.

—¿Qué? —preguntó el italiano, situado en el asiento delantero.

—¡Quiero saber el juego que os lleváis, tú y Yona! Si lo que has dicho de Scherr es cierto, vuestras vidas están en peligro. Es de suponer que Scherr esté bien preparado.

—Sí —contestó con sorprendente serenidad el italiano—. Pero Yona también.

—¡Lástima que ese individuo te conozca, Jeff! —dijo el inspector, que era el que conducía—. Hubiera sido preferible que ignorara tus pasos.

—Eso era imposible, puesto que el principal resorte consistía en que Yona me reconociera —replicó Jeff.

—Entonces… ¿piensa seguir?

—¿Por qué no? Siempre que lo que Marsili me ha dicho no sea una invención para favorecer a Yona, la situación tiene un nuevo atractivo.

Al lado de Jeff sonó una breve risa. Era Gladys. Jeff la miró, desconfiado.

—¿De qué ríe?

—De nada, Jeff.

Ya nadie volvió a hablar hasta llegar al hotel.

Allí, Gladys insistió en que no dejaran a ningún agente de vigilancia.

—Tan pronto se haga de día, iré a casa de unos amigos.

El inspector y sus subordinados se marcharon, sabiendo que la joven se mostraría más reservada si permanecían allí.

—Sigo pensando que es una locura que usted quede sola —insistió Jeff.

—No se preocupe por eso —contestó Gladys, con una frialdad que le sorprendió.

Aquel cambio de humor le tuvo perplejo unos momentos. Supuso que era por la fatiga, y se retiró, después de arrancarle la promesa de que haría conocer a la Embajada el lugar donde se refugiaba.

Ya fuera de la habitación de Gladys, Jeff dio instrucciones a Marsili…

CAPÍTULO V

Aquella mañana, cuando Yona se disponía a abandonar el lecho, entró la vieja sirvienta para anunciarle que acababa de llegar un señor llamado Jeff…

La artista se incorporó de un salto. Y quedó de pie sobre una piel de tigre que había junto al lecho.

Del balcón venía una clara luz. Y Yona, cubierto el cuerpo con pijama de finísima tela, al choque con la luz quedó desnuda.

Arqueó los brazos en un lento desperezo. Luego, echando el cuerpo hacia atrás, esponjó la cabellera, larga y rizosa, de un negro intensísimo.

—Prepara el baño, Emma… Y a ese «caballero» dile que espere unos minutos. ¿Viene solo?

—Sí, señorita.

Iba a salir la sirvienta, cuando Yona la retuvo.

—Emma: ¿Qué impresión te ha producido?… ¿Le has visto cara de estar enfadado?

—No, señorita… A pesar del descalabro que se nota en su cabeza. ¿Se refería a eso la señorita?

Yona pareció no haber oído.

—Prepara el baño.

Encendía Jeff el segundo cigarrillo, cuando Yona apareció. El cabello recogido a un lado, descansando sobre un hombro y la espalda.

El óvalo del rostro, terso, bronceado, mostraba la maravilla de unos ojos que parecían envolver cuanto miraban.

Al aproximarse a Jeff, en sus labios delgados y húmedos se dibujaba una sonrisa tranquila. Sin embargo, Yona estaba convencida de que su emoción se advertía demasiado. Nunca seré lo

que pretendo ser, si no abigarrado lujo desparramado en aquella sala.

Jeff se había puesto de pie. La miraba sin poder ocultar su asombro. Lo dijo en voz alta:

—Es sorprendente cuán distinta pareces a cada momento.

Ella abrió una hermosa risa.

—Soy siempre la misma, Jeff… A pesar de «todo».

Se sentaron, uno frente al otro. Jeff observaba la sencillez con que vestía Yona, en contraste con el abigarrado lujo desparramado en aquella sala.

—Se ve claramente que te estás situando —dijo, con un asomo mordaz.

—Tampoco tú puedes quejarte. Tus reportajes están llamando la atención de todo el mundo.

—¿También la tuya?

—La mía no debe importarte. Sabes que soy una incondicional… ¿Por qué no sigues escribiendo novelas? La que publicaste es magnífica.

—¿Cómo lo sabes, si aún no la han traducido?

—He perfeccionado mi inglés. Y entre leer lo de otros, prefiero lo tuyo. Tienes la ventaja de que te vuelcas en todo lo que haces, y te veo, cuando leo algo tuyo.

Hubo una pausa. Yona le miraba pensativa.

—He soñado con interpretar en cine tu novela. Pero esto era antes de que ocurriera lo de Travis. Luego… En seguida presentí tu tozudez por aclarar ese asunto, y en creerme culpable… Dime, Jeff: ¿Has venido porque te lo ha pedido Marsili?

—No… Te dije que tenía necesidad de hablar contigo. Y más todavía ahora. Lo que ocurrió anoche hace tu situación cada vez más confusa. ¿Qué hay entre tú y Scherr?

—Nada.

Se levantó y dio unos pasos, quedando de espaldas a Jeff.

—Nada que tenga importancia… En algún tiempo hicimos «negocios» juntos… Pero eso ya pasó…

Fue volviéndose. Jeff en ese momento acababa de encender otro cigarrillo. Yona se lo quitó de las manos y se lo puso en los labios.

De nuevo se sentó, recostándose contra el respaldo, la cabeza echada atrás, mirando al techo.

—¿Recuerdas, Jeff?… Es lo primero que hice al acercarme a ti. Acababas de saltar del tanque, con el rostro lleno de sudor y pólvora quemada. Con el cigarrillo recién encendido en los labios, te aproximaste a mí. Y en aquel tu gracioso italiano de entonces, me preguntaste quién era y qué hacía en aquel camino donde momentos antes, estaban los alemanes. Por toda respuesta te quité el cigarrillo y me puse a fumar.

Dejó un breve silencio. Jeff parecía hundido en una tromba de recuerdos.

—Nunca quisiste creer que aquél era el primer cigarrillo que fumaba… Y luego, cuando te besé… Tampoco más tarde creíste que fue la primera vez que besé «queriendo».

Expulsó lentamente un poco de humo, que quedó flotando sobre su cara.

—Y todo aquello era verdad.

Hacía unos momentos se había oído llamar afuera. Jeff hizo un movimiento, colocándose en mejor posición y mirando atento hacia la puerta.

—Nadie que no sea amigo podrá llegar hasta aquí —advirtió Yona.

—Yo he entrado sin ninguna dificultad —replicó Jeff—. El que me ha abierto el jardín ni siquiera ha esperado a que dijera mi nombre.

Yona soltó una carcajada.

—¿Para qué?… ¿De veras no te acuerdas de Gramazio?

El napolitano Gramazio, que al entrar Jeff con su grupo de tanques en la ciudad, lo halló de pie sobre un montón de escombros, voceando, los brazos tendidos hacia una multitud imaginaria.

El horror y la miseria lo habían trastornado. Jeff lo socorrió. Poco después, ya restablecido, entró a trabajar en una fábrica de municiones para los Aliados, también por mediación de Jeff.

—No le he reconocido… Me gustaría hablar con él.

Pero afuera se oía a Marsili, hablando a voces con la sirvienta. Y la puerta se abrió de golpe.

El italiano apareció con semblante demudado. Jeff y Yona se pusieron de pie, alarmados.

—¿Qué sucede? —preguntó Jeff.

Marsili, antes de contestar, miró a los dos. Luego, desviando la mirada, dijo:

—Gladys ha desaparecido…

Jeff soltó una exclamación de cólera. Luego, agarrando al italiano por los hombros reprochó:

—¡Quedamos en que tú vigilarías!

—¡Sí! ¡Y lo he hecho!… Pero de nada ha servido.

A última hora, Gladys había desistido de ir a refugiarse en casa de ningún amigo. En el hotel se consideraba segura.

Marsili quedó apostado frente al hotel, en un bar. Cuando fue a darse cuenta…

—Noté un movimiento de alarma entre el personal del hotel —explicó Marsili, evitando señalar que tuvo un memento de distracción, estando en el bar—. Fui al hotel y en el vestíbulo encontré a algunos clientes y empleados comentando, muy asustados, haber sido encañonados por dos individuos… Y que arriba se había oído un grito de mujer…

Se atropellaba hablando. Apenas decía una cosa la rectificaba. No eran los empleados, sino los clientes los que fueron encañonados…

Los desconocidos maniataron a una empleada. Cuando un cliente fue a auxiliarla, notó que la joven pintora había desaparecido.

Jeff, con el rostro desencajado por el furor, volvió a coger a Marsili de los hombros.

—¡Cállate! ¿Qué idioteces estás diciendo?

—¡Ha ocurrido así, Jeff! ¡Llama al hotel!

Jeff se precipitó al teléfono. Marcó el número que tenía anotado en el carnet y enseguida tuvo la conexión que buscaba.

Yona, situada un poco a distancia, pero frente a él, observaba fijamente los cambios que se iban produciendo en su rostro a medida que escuchaba lo que le comunicaban desde el otro lado de la línea.

Jeff dejó caer el auricular y miró hacia donde se hallaban Yona y Marsili.

—¡Muy mal planeado, Yona!

La cogió por sorpresa. Durante unos mementos, mientras avanzaba hacia él, Yona le miraba, murmurando algo sin sentido.

—¡Jeff!… ¡No irás a creer!… —exclamó, dolida por la dura mirada que él le dirigía.

—¡Como a Gladys le ocurra algo!…

Ella ocultó la cara en el pecho de él.

—¡Oh, Jeff! ¡Esto es absurdo!… ¿Por qué iba yo a molestar a esa mujer? ¿No ves que quiero ayudarte?

—Me temo que hayas reaccionado como yo esperaba —replicó Jeff, alejándola—. Creo que sigues siendo la misma. ¡Tus malditos celos destruyendo cuanto hay alrededor!…

—¡Pero Jeff! ¡Si ahora «ya» no estoy celosa!…

Había retrocedido unos pasos, y miraba a Jeff, con los ojos encendidos de triunfo.

—Tuve celos antes, cuando leía tus artículos contra Gladys Blair. Atacabas a la pintora, pero parecía que buscaras a la mujer… Anoche, cuando os vi juntos… Sí, a ella le gustas. Ya te lo dije… Pero tú sigues siendo mío… a pesar tuyo.

—¡Haz porque Gladys quede a salvo, o de lo contrario!…

Había levantado una mano, con el puño cerrado frenético. A un paso de él, Yona permaneció inmóvil.

Jeff tuvo fuerzas para contenerse, y retrocedió unos pasos. Empezó a pasearse, como una fiera enjaulada.

De pronto se detuvo y miró a Yona. En su gesto no podía haber más aversión.

—¡He estado a punto de pegarte!… ¡Cómo envileces todo cuanto se te acerca!…

Yona pareció sufrir un vahído. Ahora fue cuando verdaderamente se sintió golpeada por Jeff.

Mortalmente pálida, sin mirarle, declaró:

—Voy a hacer cuanto pueda para que encuentres a esa mujer…

—Eso quiero.

—Tendrás algo más —dijo, yendo hacia la puerta que comunicaba con otra sala—. También vas a saber quién mató a Travis.

Se detuvo en la puerta y se volvió, fría, como si de pronto hubiese quedado entre los dos una distancia infinita.

—Confío en que no te arrepentirás luego —su voz sonaba fosca y quebradiza—. Aguardadme unos momentos.

Salió, cuando los ojos pareció que se le llenaban de lágrimas.

«¡Finge! ¡Llora cuando quiere! ¡La conozco bien!», pensaba Jeff, mientras se paseaba, rehuyendo la mirada de Marsili.

El italiano, sentado en un rincón de la estancia, parecía ensimismado. Jeff se paseaba cada vez más nervioso.

Tras un largo silencio, Marsili se puso de pie al tiempo que le espetaba:

—¡Has sido injusto con Yona!… ¡No merece lo que le has dicho!…

—¡No te metas en esto, no vayas a pagarlo tú!

—¡Me da lo mismo! ¡Pégame, si eso te ha de calmar la conciencia!… ¡Tú sabes que has sido injusto! Por defenderte, Yona ha roto con Murray Scherr.

Jeff le miró, irónico.

—¿Y eso es grave?

—En las circunstancias que Yona se encuentra…, desafiar a Scher…

En ese momento, se abría la puerta. Centrada en el marco apareció Yona, en traje de calle.

—Vamos.

* * *

Aquella mañana, Paolo Fornaro no acudió al ministerio. Desde que fue relevado del cargo de embajador en un país de los Balcanes, estas faltas solía hacerlas muy a menudo.

Su carrera como diplomático parecía eclipsada. Pero sus negocios privados cada vez eran más prósperos.

El tren de vida que llevaba en Roma y la espléndida finca de su propiedad en Anzio, lo decían claramente.

Era bastante joven todavía, apuesto, y un rostro de facciones agradables. Conocía varios idiomas, y en todos ellos, no importaba el asunto que se tratase, su manera de expresarse siempre daba la misma tónica: la suavidad, un tanto pegajosa, pero envolvente.

Aquella mañana, Paolo Fornaro no iba al Ministerio. Esperaba con ansiedad una visita.

Esta visita llegó alrededor de las once. Tan pronto el criado le abrió la puerta, le hizo pasar directamente al despacho donde aguardaba el dueño.

El recién llegado era Murray Scherr.

Los que de tiempo conocían a Fornaro, aquella mañana hubieran quedado atónitos viendo cómo se comportaba «El Diplomático».

—¡Saca lo que tengas en el buche! —exigió, con un desgarro insólito.

Se había puesto de pie bruscamente. Los ojos los tenía desorbitados, los puños cerrados presionando sobre el tablero de la mesa escritorio.

—¡Bestia! ¿Qué maneras son esas de cumplir mis órdenes? —Siguió «El Diplomático», enardecido por el silencio en que Scherr permanecía.

Scherr iba preparado para recibir una reprimenda, pero así y todo se puso lívido.

—¡Lo del camión ha sido «genial»! —continuó Fornaro—. ¡Idea tuya, desde luego!…

—¡No! Fue cosa de Keast —rechazó Scherr.

En la boca fina, de labios sensuales, del diplomático, estalló un trozo de risa histérico.

—¡Fue cosa de Keast! —Le parodió—. ¿Es que ya cualquier mono se permite tomar la iniciativa? ¿Qué es lo que os preponéis, hundir el barco? ¿Es eso?… ¡Decidlo!…

Murray Scherr avanzó lento, hasta llegar a la mesa. Su corpulencia parecía haber aumentado. No habían cesado de dolerle los golpes recibidos de los puños de Jeff, y esto le ponía fuera de sí.

—¿Sabes que me estoy hartando de ti? —preguntó, lento, mirando al elegante Fornaro.

El ex embajador sintió en sus ojos las pupilas de Scherr como dos balas a punto de saltar. Pero Fornaro no era cobarde. Y si sentía miedo, sabía disimularlo.

La misma habilidad que tenía para codearse con las altas esferas la tenía para desenvolverse en el hampa. En ambos estratos veía las mismas encrucijadas. Abajo los tipos eran más bruscos, pero también más transparentes.

—Es mejor que lo confieses —dijo el italiano, sin suavizar su tono irritado—. Si nuestro «racket» te pesa, puede quedar roto al momento.

Y sus ojos perdieron de pronto todo signo de cólera. Una alegría irónica apareció en ellos.

—¡«Diplomático»! —exclamó Scherr, como si lo abofeteara.

Ahora fue Scherr quien soltó la carcajada. Retrocedió unos pasos y se dejó caer en un sillón, repantigándose.

—Es de suponer que con la demás gente no habrás sido tan miope como lo has sido conmigo —siguió Scherr, interrumpiéndose de vez en cuando para dar escape a su risa—. ¿Qué crees que puede ocurrir si intento separarme de ti?

—Oh, nada.

—No, «Diplomático»: Ocurrirá mucho…, pero no a mí solo.

—Entonces, adelante.

—Ganas me dan por ver chafada tu pose de figurín. Desde que te conozco que me eres antipático.

—Si de simpatías se tratase, hace tiempo que me hubiera deshecho de tí, Scherr. Además, observo en tí demasiada tendencia a no cumplir lo pactado.

—Influencias del ambiente. En eso sois maestros vosotros.

Fornaro aguantó imperturbable. Se dispuso a abrir un cajón de la mesa, pero Scherr, dando un salto, se puso de pie, pistola en mano.

—¡No juegues, «Diplomático»!

Fornaro levantó la cabeza, y al verlo en aquella actitud hizo un gesto de asco.

—No puedes ocultar de dónde procedes.

Desafiaba esos segundos críticos en que, el más leve empuje de los nervios, darían presión al gatillo. Fornaro gozaba de esos momentos en que parecía rozarle un aire de muerte.

Volvió a inclinarse sobre el cajón abierto. De allí sacó un abultado sobre. Lo tiró sobre la mesa y miró a Scherr.

—De esto hemos de hablar luego. Ahora quiero saber lo de Gladys Blair.

—En «Villa Contessa» la dejamos.

Era la finca que Fornaro tenía en Anzio, a unos sesenta kilómetros de Roma. «El Diplomático» consultó el reloj.

—Demasiado pronto estáis de vuelta.

—Les he acompañado sólo hasta la mitad del camino… Anoche tuve un choque en el puesto de socorro. Los primeros pasos de la policía es seguro que irán dirigidos a mí. Encárgate de cortarles el vuelo… Yo ya he cumplido tu encargo.

—Y con una «habilidad» admirable —comentó, sardónico—. Añoráis Chicago. Sólo ha faltado que entrarais en el hotel con bombas de mano.

—Tomamos las precauciones oportunas. Era de suponer que allí hubiera vigilancia después de lo ocurrido horas antes.

—¡Vuestro «genial» accidente! ¿A quién dije yo que había que eliminarlos?

—Hay órdenes que no es necesario que se pronuncien. Ese maldito periodista está ya demasiado metido en lo nuestro. A ti te estorbaba, y a mí también. Yona se me está pasando al otro bando.

Fornaro se dejó caer en el sillón, y súbitamente pareció transfigurado.

—¡Yona!… ¡Siempre con sus salidas intempestivas! ¿Se acuerda todavía de ese Jeff?

—Con la mitad de lo que él la domina —contestó Scherr, contento de lo que decía por el daño que iba a hacer—, te sobraría a ti para sentirte el hombre más dichoso.

Y buscándole los ojos a Fornaro, soltó una risotada.

—Eso habrá que resolverlo… «definitivamente».

—Si Keast hubiera tenido más suerte, el «accidente» de anoche hubiera sido una solución.

—Hay que buscar otro medio.

—Lo voy a conseguir enseguida. Yona ya se me ha puesto enfrente. Al primer tropiezo, no miraré nada, ¡caerán los dos!…

—¡Cuidado, Scherr! ¡Si a Yona le ocurriera algo…!

La respuesta de Scherr fue un gruñido de burla. El italiano se puso en pie.

—Escucha, Scherr: ¡No me desafíes! Ya hace algún tiempo que te vengo observando.

—Lo sé —le interrumpió el otro, sin dejar de reír—. ¡Tus famosos espías! Pero ya ves lo que les ocurre cada vez que uno se me pone al alcance… Lo mismo que al agente Travis y al inspector Fadner. Sospecho que me los enviaste tú. ¿Voy bien, «Diplomático»?

Fornaro, como si no hubiese habido ninguna interrupción, siguió en lo que estaba diciendo.

—Te vengo observando, Scherr… Veo en ti demasiado afán por «independizarte». Te he dicho que teníamos que hablar de esto…

Cogió el sobre que había sobre la mesa.

—Últimamente has estado quejándote de que las «estampas» se hacían difíciles de colocar por sus defectos —siguió Fornaro.

Sacó un puñado de billetes de dentro del sobre. Eran billetes de distintos países. Predominaba la moneda norteamericana.

—Las «estampas» grandes —contestó Scherr— han sido un fracaso. Ya por sí misma la cantidad pone a uno en guardia. Son pocos los que aquí disponen de mil dólares. Además, que debajo de cualquier piedra te encuentras con la sorpresa. Al más burdo campesino te lo ves provisto de su lupa, y te habla de las filigranas y de la nitidez de las figuras… El toque de sirena de Ankara ha acabado de estropearlo.

Gran parte de lo que decía Scherr era verdad. La voz de alerta había venido del Banco Otomano de Ankara, donde un exportador americano había hecho una transacción con billetes de mil dólares. Resultaron falsos.

—Ya te dije que la producción de a mil fue enseguida suspendida.

—Demasiado tarde —replicó Scherr—. La alarma ha cundido y muchos quieren sacar partido de ella.

—Entre ésos te encuentras tú. Con tus pegas coa —seguiste un veinte por ciento de rebaja.

—El que me pedían a mí.

—Convendrás conmigo en que no había justificación.

Scherr se encogió de hombros.

—Según como quieras enfocarlo… Desde luego la producción es defectuosa. El riesgo es grande.

Fornaro esparció sobre la mesa los billetes.

—¿Producción defectuosa?

—El papel sigue careciendo de hilos azules y rojos. El número de las series es más ancho.

—Bien, Scherr —dijo el italiano, pasando al otro lado de la mesa —. Estoy viendo que tu verdadero puesto es el de técnico de producción. Habremos de estudiar ese viaje, para que ocupes el cargo que en justicia te corresponde.

A Scherr pareció que lo hubieran tocado en carne viva. Sabía demasiado en qué consistía ese «viaje». Más de una vez había contribuido a la desaparición de alguien.

Se puso de pie, aproximándose al italiano:

—¿He de entender que es una amenaza?

Fornaro hablaba ya con serenidad. Otra vez se expresaba con sus habituales maneras suaves, cargadas de ironía.

—¿Por qué, Scherr…? He dicho solamente que reconozco tus admirables condiciones de técnico. No tengo más remedio que reconocerlo…

El italiano había dejado aparte intencionadamente unos billetes. Los cogió.

—Quien careciendo de medios ha podido hacer esto…

Scherr lo cogió y lo miró al trasluz. En seguida se lo devolvió.

—¿Por qué lo sueltas? —preguntó Fornaro—. No quema… Coge esta otra «estampa» y mira si tiene defectos.

Scherr no se movió, ni alteró el gesto.

—¿Qué temes? —preguntó el italiano.

Efectivamente. Scherr temía. Su actitud desafiadora había desaparecido. Sabía a dónde Fornaro iría a parar.

—Estas «estampas» están hechas por un hábil artesano. Teniendo en cuenta los escasos medios de que seguramente dispone, esto resulta una obra maestra. Pero tiene defectos… ¡Muchísimos defectos! Y no obstante, estas «estampas» han invadido el mercado. ¿Cómo te explicas esto, Scherr?

Éste se encogió de hombros.

—No sé…

—Yo sí. Esto es alguien que quiere «independizarse» y trabaja esta mercancía con mayor interés que la otra. Habrá que dar con la fábrica…

Miró a Scherr, incisivo.

—… Con la fábrica y con el competidor. Todo enemigo es malo, por pequeño que sea.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono. El italiano cogió el auricular.

En seguida se lo pasó a Scherr:

—Es para ti.

Mientras hablaba Scherr Fornaro se entretenía en recoger los billetes.

—Nada de particular —manifestó Scherr, después que dejó el teléfono.

El italiano se hallaba de espaldas.

—Es extraño que para una cosa sin importancia te llamen aquí. Tal vez no te has dado cuenta de lo que te han comunicado. Escúchalo otra vez.

A los pocos segundos se oyó el dictáfono:

«—Jefe: El “Forastero” se está metiendo en el cepo, como esperábamos… Yona viene con él. Como convinimos, les dejaremos entrar… Bien, jefe…».

El italiano miró a Scherr, manteniendo en los labios su más suave sonrisa.

El americano estaba pálido.

—¿Nada de particular? —preguntó «El Diplomático».

CAPÍTULO VI

Root colgó el auricular y miró al otro extremo del *hall*, donde se encontraban sus compañeros. Todos le miraban interrogativos.

—El jefe está conforme… Hay que dejarlos llegar hasta aquí.

—Bien —intervino Keast, el lugarteniente de Murray Scherr—. Que quede uno conmigo. Los demás, camuflaos.

Por el camino bordeado de árboles, venían a pie, con paso rápido, Yona y Jeff.

No se ocultaban, más bien parecían empeñados en que los vieran.

—¡De prisa! ¡Retiraos! —apremió Keast.

Root ya iba a desaparecer del *hall*, cuando advirtió:

—¡El «Polaco» está fuera!

Alej Watowski salía en aquel momento de la espesura del jardín y con paso lento se dirigía hacia la plazoleta. Era un hombre alto, de abundante melena de un rubio ceniciento, y al andar, sus movimientos tenían torpezas de enfermo.

—Se va a encontrar con ellos —observó Root.

—Da lo mismo —contestó Keast—. Ni se enterará que tenemos visita. Hoy lleva «doble dosis».

Uno de los individuos que iba a esconderse, manifestó:

—Scherr ha sacado del «Polaco» cuanto le interesaba, y ahora parece que quiera deshacerse de él.

Keast lo miró adusto.

—Eso a nosotros no nos incumbe.

—¿No? Me pregunto si algún día no nos sucederá a nosotros lo mismo.

Root decidió quedarse con Keast y los otros se marcharon. La puerta del corredor quedó cerrada.

Root se sentó en un sillón próximo a la puerta. Desenfundó la pistola y la dejó al lado, sobre el asiento. De encima de una mesita cogió una revista y se puso a hojearla.

Mientras tanto Keast había encendido un cigarrillo y con las manos metidas en los bolsillos del pantalón fue acercándose a la puerta medio abierta que daba al jardín.

Los pasos de Jeff y Yona se oían muy cerca.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó Keast.

Y descendió unos peldaños de la pequeña escalera que había en la terraza.

Yona, seguida de Jeff, pasó junto a Keast sin mirarlo. Al entrar en el *hall* y ver solamente a Root, Yona sonrió, irónica.

—Vamos, Keast: Dile a Scherr que no es cuestión de perder tiempo.

—Scherr no está aquí —contestó Root, sin moverse de su asiento.

Yona hizo un gesto de impaciencia.

—Es verdad lo que ha dicho Root —manifestó Keast. —El jefe está en la ciudad.

—Sí, ¿eh?… ¿Y dónde se halla?

—Lo ignoramos… El no acostumbra a darnos cuenta de sus pasos.

En ese momento sonó el timbre del teléfono. Keast se puso al aparato.

Jeff lo observaba atentamente, sin aparentar que aquella llamada le afectaría.

—¿Diga?

Pero no obtuvo respuesta. Y soltó el auricular con furia.

—¡Algún cretino que se ha equivocado!…

Se volvió y se encontró con la fija mirada de Jeff. En seguida la esquivó, y se quedó mirando a Yona, procurando una expresión jovial.

—¿Habéis venido a pie hasta aquí?

Fue Jeff quien contestó.

—Sabes muy bien que no… Pero esta carretera es demasiado Estrecha y podíamos cruzarnos con algún pesado camión —mirándolo al centro de los ojos, añadió—: Hay pésimos conductores por estos caminos.

—O demasiado «hábiles» —replicó Keast.

—Lo dudo… cuando después de un atropello dejan a alguien con vida, para que pueda acusar. Ha ingresado en una clínica un hombre muy mal herido, que fue recogido cerca de aquí, en el fondo de un barranco sobre el que se tiende una pasarela de hierro.

Keast palideció y miró hacia donde estaba Root. Éste hizo un movimiento de impaciencia.

—Había un coche y, el cadáver de otro hombre, quemados —continuó Jeff—. Pero el que ha quedado coa vida pronto podrá hablar.

Keast trató de disimular, presentando batalla.

—¿Qué demonios nos cuentas? ¡Di a lo que has venido!…

—Te lo estoy diciendo —siguió Jeff, sin perder la calmar—. Cerca de aquí nos esperan algunos amigos…

Keast volvió la cabeza para mirar a su compañero.

—¡Tal como yo pensaba, Root!… Y bien: ¿Qué crees que podrán hacer tus amigos? —preguntó a Jeff.

—Si no nos ven salir, a Yona y a mí… una lista de desertores del Quinto y Octavo Ejércitos seguirá su curso hasta llegar al Departamento de Defensa de los Estados Unidos…

Una carcajada de Keast fue el eco a las palabras de Jeff. Pero, a pesar de su risa, se advertía que lo que el periodista acababa de decir le había afectado.

—¡Maldito lo que eso puede preocuparnos! —exclamó, tratando de que su risa fuese más estrepitosa.

Desde que Jeff intervino, Yona se había sentado en un sillón, a distancia de Root, pero frente a él. Ni por un instante dejó de mirarlo.

—Escucha, Keast —siguió Jeff, pero ahora su tono era tan frío y duro, que el otro dejó de reír—. Anoche intentaste deshacerte de mí y de quien me acompañaba, pero no vengo a pedirte cuentas por lo que a mí se refiere. Lo que sí quiero saber es dónde se encuentra la señorita Gladys Blair…

En aquel momento, alguien que venía del jardín entró en el *hall*.

Había entrado deprisa, pero de pronto, como si se le hubiesen agotado las energías, quedó en medio de la estancia, mirando a todos, sin saber qué hacer.

Era el polaco Alej Watowski. Parecía muy joven aún, pero sus

mejillas chupadas, sus grandes ojeras y su aire decaído, daban la impresión de un hombre totalmente agotado.

Keast y Root miraron a Alej como a un perro lleno de pulgas.

—¡Fuera de aquí! —ordenó Keast.

El polaco movió arriba y abajo la cabeza, bella todavía con su abundante melena de un rubio que parecía quemado por el sol.

—Sí… Sí…

Intentó dirigirse a la puerta para meterse en el corredor.

—¡No abras ahí! —volvió a gritar Keast—. ¡Vete al jardín!…

Jeff, no pudiendo contener su impaciencia, le atajó:

—¡Déjate de dar órdenes! A mí ese hombre no me molesta y no parece sino que quieras ganar tiempo… Te he dicho que quiero saber el paradero de Gladys Blair. ¡Contesta!

Siguió un silencio, interrumpido por el portazo que dio el polaco al volver al jardín.

—A ti, y al que está sentado… Y a cuantos están escuchándonos tras esa puerta…

Jeff miró hacia la puerta que comunicaba con el corredor, donde hacía unos momentos se habían oída unos murmullos.

—… Os anuncio que ahora la cosa va de veras. En este asunto me metí porque no podía resignarme a que el asesinato de mi amigo Travis quedase impune… Esa señorita se encuentra en peligro porque yo la arrastré a este asunto. Soltadla, y quizá vosotros y yo lleguemos a un acuerdo.

Keast se disponía a soltar una risotada, cuando Root lo contuvo:

—¡Atiende, Keast!… Cuando este individuo se presta a venir hasta aquí, es porque ya tiene la retirada cubierta.

—¡Esto es cosa de Yona! —replicó Keast.

—Sin duda que Jeff está aquí por indicación mía —manifestó la joven.

—Scherr te lo va a agradecer cuándo lo sepa.

Yona miró a Keast, con ironía.

—¿Es que no lo sabe?… Pensé que al recibirme con tanta «amabilidad», lo hacíais obedeciendo órdenes… Por cuenta tuya tú no sueles soportar tanto.

Keast torció la boca en un arranque de ira y dio unos pasos atrás. Root, presintiendo lo que iba a hacer, corrió hacia él y le sujetó los brazos.

—¡No hagas tonterías! ¿No te dice nada que Yona se haya prestado a acompañarle hasta aquí? ¡Dile dónde se encuentra esa señorita! ¡Y si tú no lo dices, lo diré yo!

Keast era más fuerte que Root y con una simple sacudida se soltó.

En seguida, cogiéndole de las solapas, comenzó a sacudirlo. Pero Jeff intervino. Un puñetazo dirigido a las mandíbulas de Keast obligó a éste a soltar al compinche.

En aquel momento se abrió la puerta del corredor y entraron en el *hall* los que habían permanecido a la expectativa.

Hasta entonces Jeff y Yona casi no se habían mirado. La tirantez existente entre los dos podía advertirse enseguida que no era simulada.

A pesar de ello, en el instante en que irrumpieron los otros hombres, Jeff y Yona se buscaron, instintivamente.

Ya los dos juntos, retrocedieron hasta un ángulo del *hall*. El periodista se disponía a sacar la pistola, pero desistió, viendo que los otros los tenían encañonados.

—¿Habéis oído, muchachos? —barbotó Keast, cada vez más colérico por el dolor que le producía el puñetazo recibido—. Este «bravo» quiere saber dónde se halla la señorita Gladys… Y también Yona quiere saberlo. ¡Has cambiado mucho, Yona! Antes no solías ser tan curiosa… Eso es un mal vicio, muchacha. A Scherr no le va a gustar.

Keast desenfundó su pistola y avanzó unos pasos en dirección a la pareja. Miraba a Jeff, con ojos llameantes.

—¡Maldito plumífero!… ¡Como hagas el menor movimiento, te achicharro!…

Jeff dejó asomar una sonrisa de burla. Yona se dio cuenta, y palideció, mirando a Jeff y a la boca del arma de fuego que empuñaba Keast.

Pero Jeff no se limitó a sonreír.

—Hueles a cobarde —le dijo, mirando la pistola.

El individuo quedó lívido. Y miró a Yona, como esperando encontrar en ella la explicación de que Jeff desafiase la muerte con tanta ligereza.

—Guarda la pistola —dijo Yona—. ¿Es que no sois bastantes los que estáis aquí?

—¡Está bien! —En un movimiento de rabia se guardó el arma, pero cuidó que la distancia entre él y Jeff se mantuviera—: ¿Qué quieres saber?

—El paradero de la señorita Gladys —contestó Jeff.

—En este momento estará entrando en Anzio, en «Villa Contessa». Será un sitio adecuado para una chica tan bonita. Allí «El Diplomático» se encargará de quitarle las manías policíacas…

Jeff y Yona miraban con ansia a Keast.

—Por lo que se refiere al agente Travis y al inspector Fadner… Toma nota en tu carnet de periodista —siguió Keast, por momentos más divertido—. Al inspector lo mató tu amigo Travis…

La reacción de Jeff fue lanzarse sobre Keast. Pero Yona lo sujetó.

—¡No, Jeff!… ¡Lo que Keast ha dicho es verdad!

Jeff miró a Yona. Y como ya ocurrió en casa de la artista, ella no pudo resistir la dureza con que le miraba Jeff. Y se abrazó a él, apretando la cara contra su pecho.

—¡Jeff!… ¡Ya sé que te es doloroso… y te resistes a creerlo! Pero es la verdad… Yo quise evitarte que lo supieras… Travis trabajaba para Scherr.

Se había replegado contra el pecho de Jeff con tal ahínco, que parecía convertida en una chiquilla llena de pánico.

—Ya has oído —dijo con soma Keast—. ¿Es o no un buen reportaje?… Una mañana vimos un «Ford» que se detenía un poco antes del cruce que conduce aquí. Se apearon dos: Travis y el inspector Fadner, Estuvieron unos momentos mirando en esta dirección. Nosotros los observábamos con los prismáticos… El inspector iba delante. De pronto Travis se puso a disparar contra la espalda de su jefe. El inspector se agarró a un árbol…

Keast hizo una pausa, para encender un cigarrillo. Mientras encendía cruzó la mirada con sus compañeros. Keast por momentos parecía más satisfecho.

—Sí, se agarró a un árbol y empezó a volverse —siguió Keast—. Pero Travis tenía miedo a su mirada… y le volvió la espalda. Éste fue su error… Creyó a su jefe sin vida. Pero al inspector aún le quedaban fuerzas para disparar… Eso es todo.

Siguió un prolongado silencio. Jeff, maquinalmente, acariciaba los cabellos de Yona, que seguía pegada a él.

—Nosotros en este asunto nos limitarnos a colocar los cadáveres

en el coche y dejarlo lo más próximo posible de la Embajada…

Los que estaban detrás de Keast observaban a Jeff con un interés no exento de burla.

—Como habrás visto —quiso completar Keast—, tu famoso amigo no tenía inconveniente en realizar cosas que muchos de nosotros nunca seremos capaces de hacer…

—Sí, eso es verdad —habló Jeff ronco— ¡de qué medios no os habréis valido para destruirlo hasta ese extremo!…

—El mismo se puso el dogal —replicó Keast—. Se aficionó a los narcóticos, pero la nómina de agente no daba para tanto… ¿No es eso también cierto, Yona?

La joven no contestó.

—Cerca tenemos a otro como Travis —siguió Keast. —Lo habéis visto antes. Alej, el «Polaco», un cadáver en pie…

Root era quien más cerca se encontraba de la ventana. Él pudo dar la voz de alarma.

Pero debió intuir que los primeros disparos no irían dirigidos a él, sino a Keast, y dejó que los acontecimientos siguieran su curso. Odiaba a Keast, y se limitó a agacharse, para buscar la puerta del corredor.

Los primeros disparos que entraron por la ventana cogieron de flanco a Keast. Cayó de golpe.

Antes que los del grupo pudieran reaccionar, la rociada de plomo caía sobre ellos. Muchos no tuvieron tiempo de retroceder al pasillo.

Alej Watowski, parapetado en un ángulo de la ventana, disparaba con un fusil ametrallador «Reising».

Jeff había sacado la «*Parabellum*» y, amparando con su cuerpo a Yona, fue aproximándose a la puerta que daba al jardín.

Tres individuos yacían en el suelo. En la puerta del corredor no se veía a nadie.

Watowski había dejado de disparar, pero seguía apuntando al pasillo.

—¡Dense prisa! —advirtió, ahogándose—. Nos van a rodear…

Jeff, siempre cubriendo a Yona, consiguió llegar a la puerta del jardín. En aquel momento, una mano empuñando un arma asomó por la boca del pasillo.

Jeff disparó, y la mano soltó el arma, desapareciendo llena de

sangre. Yona había abierto la puerta y de un salto se situaron los dos fuera. Jeff cerró.

—¡Vámonos! —dijo el periodista.

—No… Yo les guardaré la retirada —contestó Watowski—. ¡Salven a Gladys!…

Jeff pasó la pistola a Yona, indicándole que saliera delante. En seguida fue adonde estaba el polaco. Le quitó el fusil, cogió de un brazo al enfermo y lo obligó a caminar.

Watowski apenas opuso resistencia. Ya en la explanada corrieron para llegar cuanto antes a los árboles de la estrecha pista que conducía a la carretera.

En el primer árbol les aguardaba Yona. Cuando los tres estuvieron juntos, fue cuando de distintos sitios comenzaron a dispararles.

Se echaron de bruces, amparándose en el declive del terreno. Multitud de proyectiles silbaban sobre sus cabezas.

Jeff permaneció unos instantes estudiando la situación. Tenía a Yona al lado, mortalmente pálida.

Por unos segundos la mirada de ambos se encontró.

—Voy a intentar aguantarlos… Tú y Watowski id a avisar a los amigos.

Yona iba a objetar algo, pero Jeff, aproximando su rostro al de ella, murmuró:

—Tampoco yo… dejé de quererte…

Besó fuerte, angustiosamente, la boca de Yona.

En seguida, asiendo el «Reising», se incorporó de un salto y fue a colocarse tras el árbol que ya tenía previsto.

El silencio en que hasta entonces se había mantenido el grupo de Jeff había sido aprovechado por el adversario para aproximarse.

Jeff se puso a disparar antes de que el enemigo pudiera actuar contra su nueva posición. Por unos momentos se creyó en la torreta del tanque, en el camino de Nápoles.

Sus balas iban tan certeramente dirigidas al sitio donde presumía que había un contrario, que pronto los que intentaban atacarles de flanco enmudecieron.

Una vez que Jeff miró atrás, vio que Yona y el polaco seguían en el mismo sitio que antes.

—Pero ¿no os he dicho…?

Entonces allá detrás se oyeron algunos silbidos, con calculadas intermitencias. Eran consignas. Jeff soltó un ¡hurra!, y contestó el silbido con idénticas pausas.

Era el inspector Cowley, con sus
«G-men».
Por segunda vez intervenían en ayuda de Jeff. Pero esta vez no se marcharían sin conseguir su presa. Iban también policías italianos.

Cowley acudió al árbol donde se encontraba Jeff. Ambos sé echaron al suelo y rápidamente el periodista le explicó la situación. Lo que se refería al malogrado agente Travis se lo calló.

—Uno de los agentes que tenía de vigilancia en la carretera —explicó Cowley— dice haber visto un coche ocupado por Scherr y otros individuos. Parece que se dirigían aquí… Pero entonces sonaron disparos y el coche aceleró, tomando una desviación de la carretera…

—Yo voy a Anzio —dijo Jeff. Y adivinando lo que Cowley iba a proponerle, se adelantó—. Prefiero que ustedes se queden aquí y no los dejen escapar.

—Va a ser difícil que nadie consiga huir. Les estamos rodeando.

—Con que me acompañen Marsili y Gramazio, creo que tendré bastante para entrevistarme con Scherr, si es que va adonde me imagino.

Junto a los coches se encontraban Marsili y el napolitano que le abrió a Jeff la verja del jardín, en la casa de Yona. Él fue quien cortó la secreta línea telefónica que conectaba la casa con el exterior. Este corte llegó a tiempo. Scherr había cambiado el plan, y quería dar orden de que eliminaran a Jeff y a Yona.

Fue la llamada que Keast juzgó un error…

* * *

Camino de Anzio, Alej Watowski dijo:

—Soy dibujante… La guerra me sacó de Polonia. Los alemanes me tuvieron en un campo de concentración de Baviera durante tres años. Allí hicimos el primer intento de falsificación de moneda. Los nazis lo toleraron porque se aprovechaban de ello…

Hizo una pausa, fatigado. Sus grandes ojos verdes miraban en torno, inquietos:

—Vine a Italia después del armisticio, pero aquí nadie me esperaba. Fui una piedra más rodando bajo la gran riada…

Cogió de un brazo a Jeff.

—Cuando encuentren a Gladys, yo procuraré permanecer separado de ustedes. No le diga nada de mí.

Jeff lo miró de frente.

—¿Por qué?

Alej Watowski se encogió de hombros y esbozó una amarga sonrisa.

—Es verdad… ¿Por qué?

Y momentos después, con voz tan baja que solamente él podía oírla, agregó:

—Si ni siquiera recordará mi nombre…

* * *

Cuando el inspector dio orden de asaltar la casa, la situación ya parecía decidida. El edificio estaba rodeado y el asalto se produjo por las dos puertas al mismo tiempo.

El inspector Cowley quedó sorprendido de no encontrar más que muertos y heridos que no podían valerse de las piernas. La cosa resultaba extraña, porque unos momentos antes eran muchos a disparar desde el interior de la casa.

Pero pronto se despejó la incógnita. Un agente interrogó a un herido:

—¿Dónde están los otros?

—En el «laboratorio» —al tiempo que contestaba señaló una puerta próxima que se hallaba entreabierta.

El agente entró en la habitación, donde había una cama pequeña con el colchón y la ropa revueltos. Un gran armario de luna se hallaba, por el costado que daba al rincón del cuarto, separado de la pared, dejando un espacio por el que fácilmente podía pasar un hombre.

Instantes después, el inspector Cawley, seguido del jefe italiano y dos agentes más, pasaban por detrás del armario.

Fueron descendiendo por una escalerilla de caracol. Encendieron lámparas automáticas y sobre los escalones vieron regueros de sangre.

La escalera terminaba en una habitación rectangular, en una de cuyas paredes había una puerta fuertemente cerrada. Al golpearla, comprobaron que una débil chapa de madera cubría planchas de acero.

Arriba se oyeron voces nuevas. Habían llegado refuerzos de policía italiana. Traían detenidos a tres sospechosos que habían visto por los alrededores. Otro, al darle el alto, había desaparecido tras un zarzal. Los policías dispararon varias veces y cuando fueron a mirar, detrás del zarzal vieron una especie de galería de un metro de altura.

Valiéndose de barras de hierro, consiguieron abrir la puerta acorazada. Las lámparas automáticas enfocaron una estrecha nave, en cuyo suelo se veían tirados paquetes de papel. A un lado, una máquina de imprimir, de fabricación alemana. Sobre una mesa, una piedra de mármol con espátulas de tinta de diferentes colores.

Muchos de los pliegos tirados por el suelo eran billetes norteamericanos a medio estampar.

Mientras los agentes proseguían corredor adelante, el inspector Cowley había abierto una puertecita tras la cual apareció una especie de cabina, donde se veía un tablero empotrado, a modo de pupitre, y varios dibujos a pluma.

Todos se referían a moneda extranjera, norteamericana especialmente.

De pronto el inspector quedó con la lámpara inmóvil, enfocando un dibujo que había clavado en la pared.

Era la imagen de una mujer muy hermosa. Pero no era la belleza de aquel rostro, ni el arte con que estuviera dibujado, lo que tenía suspenso al inspector.

—Yo he visto este rostro —murmuró.

Se disponía a salir, porque en el interior del sótano acababan de sonar varios disparos.

Supuso que eran los agentes que aguardaban en el boquete del zarzal, que se enfrentaban con los que pretendían escapar. Y volvió a enfocar con la lámpara el bello dibujo.

Se quedó unos momentos mirándole; primero con una expresión de intriga. Poco a poco la cara del inspector fue mostrando mayor sorpresa.

—¡Pero si es Gladys Blair!

Con mucho cuidado arrancó el dibujo y se lo guardó.
En seguida corrió hacia donde sonaban los disparos.

CAPÍTULO VII

Paolo Fornaro, elegantemente vestido, con gesto del más profundo dolor, quedó inmóvil, en una cortés reverencia, frente al sillón donde se encontraba sentada Gladys Blair.

—Permítame que me presente, señorita Blair.

Dijo el nombre y el cargo que desempeñaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Luego, otra vez, coa expresión condolida:

—Un mal llamado amigo ha utilizado mi casa para cometer el más villano de los atropellos. Estoy aquí para ayudarla, señorita Blair.

De momento, la hermosa joven no supo qué contestar. La manera con que se presentaba aquel hombre era muy distinta a la que ella esperaba.

Gladys se puso de pie y miró valientemente al recién llegado.

—Todas sus protestas las doy por sinceras… Y hago un llamamiento a su caballerosidad para que me facilite salir de aquí.

—En seguida va a ser trasladada a su hotel, señorita Blair… ¿Me permite preguntarle qué tiene en el brazo?

Gladys no sabía si indignarse o soltar la carcajada. Miró a Fornaro inquisitivamente, queriendo encontrar en algún pliegue de su cara algún signo de burla.

Una de las cualidades de «El Diplomático» era que sabía reconocer sus errores y enseguida se sentía impulsado a rectificar, aunque supiese que nada podría remediar.

El asunto de Gladys había sido una equivocación dejarlo en manos de Murray Scherr. La táctica estruendosa, estilo Chicago, no podía ser empleada en las calles de Boma.

El ex embajador había presentido desde el primer momento un triángulo con Yona, Gladys y Jeff. Bien manejado, podía dar de sí

que todos los resortes se volvieran en contra de Scherr.

«El Diplomático» tenía decidido terminar con él. Scherr era un traidor, con exceso de ambición. Poco a poco había ido desprendiéndose del «racket», para formar uno propio.

La maniobra del secuestro había ido demasiado lejos. Desde luego Fornaro esperaba que Jeff, al saber la desaparición de Gladys, se volviese contra Yona, y ésta contra Scherr.

Pero no había contado con que Jeff y Yona llegasen a una alianza tan firme. El error de Fornaro fue no tener en cuenta las reacciones que él llamaba intempestivas, de aquella mujer, siempre deseada y siempre esquiva.

Tenía que tomar la retirada y cortar todos los cables que le unían a Murray Scherr.

—Señorita Blair, si desea que le atiendan el brazo, enseguida tendrá a su disposición a un solvente doctor.

—Gracias… Pero vuelvo a repetirle que mi única necesidad es salir de aquí.

Paolo Fornaro hizo una cortés reverencia.

—Como quiera… El coche la está esperando.



Se hallaban en una lujosa sala, llena de muebles y tapices. Por el mirador, algunos de cuyos cristales se hallaban abiertos, veíase un exuberante jardín, y un poco más lejos, el mar.

Gladys echó a andar al lado del diplomático.

—Sé que es usted una magnífica pintora… Yo dispongo de una modesta colección… Más adelante, si consigo que usted no se asocie a este lamentable incidente… ¿No cree? Yo aspiro a ser su más sincero amigo.

Habían llegado al final de la sala y Fornaro abrió la pesada puerta, dejando que Gladys saliera delante.

La joven vio ante sí el ancho y largo corredor por donde una hora antes había pasado. Profusión de pinturas y cerámicas colgaban de las paredes.

Una puerta que había próxima a la del salón se abrió al mismo tiempo que Gladys se disponía a salir.

Apareció Murray Scherr, demudado, con un aspecto feroz.

—¡Volveos atrás! ¡Todavía he de hablar yo!

Había cogido a Gladys de un brazo, en tanto que con la pistola apuntaba al diplomático. Ya todos en el salón, Scherr, sin volverse, de una patada, cerró la puerta. En seguida se acercó a Fornaro y lo cacheó.

Resollaba como un toro agobiado. Cuando comprobó que el otro no llevaba armas, lo empujó contra un sillón, obligándole a sentarse.

—¿Te has vuelto loco, Scherr?

En aquel momento Fornaro demostraba una vez más el dominio que tenía de sí mismo. Sabía que atravesaba uno de los instantes más difíciles.

—Compórtate con corrección… si te es posible —dijo Fornaro, sin alterar la voz.

Scherr no lo miró siquiera. Dirigiéndose a Gladys, le mandó bruscamente que se sentara al lado del mirador.

La joven obedeció sin replicar, y se quedó mirando el paisaje que se apreciaba desde la encristalada. Mientras, sonreía en burla a sí misma.

Todo sucedía por su culpa. El arranque de aquella madrugada, al rechazar la protección que le brindó Jeff… ¡Qué estupidez! Por un momento llegó a sentir celos del periodista… ¿Celos? No.

Gladys Blair sólo se enamoró una vez, y le fue muy mal…

Lo de Jeff era puntillo, despecho, por sus críticas adversas. Cuando ella lo tuvo cerca, llegó a pensar en el desquite. Enamorarlo, para rechazarlo después… Tal vez si Yona no hubiese estado por el medio…

La airada voz de Scherr la sacó de su ensimismamiento.

—¡Has tenido poca vista, «Diplomático»! Ya te advertí que a mí no se me puede acorralar fácilmente.

¡Con que me traes aquí para ver en qué queda este jaleo, y tú, mientras, te preparas el salvoconducto de buena persona, de «caballero», con esta mujer!… ¿Sabes, en tanto, lo que he estado haciendo?

Los ojos de Murray Scherr estaban sucios de sangre, incendiados

de ira.

—¡He conectado con el enlace que dejamos, viniendo aquí! ¡Y tenías razón! ¡Nada iba a ocurrir! ¡Nada!

Soltó una carcajada de loco.

—El Departamento de Policía ha volcado a sus sabuesos… ¡y yo te dije que les cortaras los pasos!

—No siempre se puede, Scherr… Además, el asunto no parecía que tuviera importancia.

—¡Miserable! ¿Entonces, por qué me gritabas esta mañana? Parecías temer que este asunto te rozara… Y ahora, he tenido ocasión de ver lo que estabas intentando con esta mujer —se volvió a mirar a Gladys, y parodiando las finas maneras de «El Diplomático», dijo—: ¡Oh! ¡Hablaremos de pintura! ¡Seremos grandes amigos!

Un golpe de risa cortó sus palabras. Durante unos mementos permaneció riendo, incapaz de hacer otra cosa, dando escape a algo que parecía fuera a hacer estallar su ancho tórax.

Ese momento lo aprovechó Fornaro para lanzarse sobre él.

Al principio Scherr quedó imposibilitado para defenderse. La risa, que no había conseguido irrumpir del todo, lo tenía agarrotado.

La preocupación de Fornaro al lanzarse sobre él fue arrebatarle el arma. Y éste fue su error.

Primero debió golpear a Scherr de manera que éste no pudiera reaccionar tan pronto. Fornaro había conseguido quitarle la pistola, pero se le había ido de las manos. Al ir a inclinarse, Scherr dio un inconcebible salto, dada su pesadez, y fue a caer sobre el italiano.

Los dos rodaron sobre el suelo de linóleo. Durante unos segundos la lucha estuvo bastante igualada. Ambos procuraban extremar sus fuerzas y habilidades para sacar ventaja.

Pero al momento Scherr quedaba encima de su adversario y le golpeaba el rostro, mientras rugía:

—¡Cochino maniquí! ¡Mi villa invadida! ¡Y mis hombres, muertos! ¡Cómo he deseado este momento!

El rostro de Fornaro sangraba. También la cabeza.

—Aunque salgas de aquí… no escaparás… Tengo «amigos»…

—¡Ya lo sé! ¡Pero ellos no van a remediar tu situación!

Y cogiéndolo del cuello, comenzó a sacudirle, haciendo que la

cabeza chocase contra el suelo. Lo soltó cuando lo creyó muerto.

Al ponerse Scherr de pie, miró hacia donde había quedado la pistola. La vio medio oculta debajo de un mueble. La empuñó, y desde donde se encontraba hizo tres disparos contra el cuerpo inerte de Paolo Fornaro.

Sólo entonces recordó que no se encontraba solo, y volvió la cabeza, buscando.

Pero Gladys ya había desaparecido.

Momentos después de haber disparado contra «El Diplomático», Scherr lo lamentaba. Los hombres que había al servicio de la casa habían sido encerrados por los secuaces de Scherr.

Ahora «Villa Contessa» parecía un barco sin rumbo. ¿Qué hacer? ¿Permanecer allí y aguardar a que los sabuesos fuesen en su busca?

Murray Scherr cruzaba a largas zancadas los espaciosos salones, sin saber en realidad a dónde iba. Si hubiese dejado con vida a Fornaro, él se hubiera encargado de buscarle una madriguera segura.

Lo más prudente era volverse a Roma. Marcharía per carreteras apartadas. Y momentos después de haber tomado esta resolución, Scherr y los tres subordinados que le acompañaban salían a toda velocidad de «Villa Contessa» en el soberbio coche de «El Diplomático».

Cuando el grupo de Jeff entró en la finca ya sabían por los vecinos que habían sonado disparos y que momentos después de las detonaciones había salido disparado el coche del dueño.

La policía local entró en la finca momentos después que Jeff y los que le acompañaban hubiesen empezado a recorrer departamentos, en busca de Gladys.

Marsili se encargó de libertar a los empleados encerrados en el garaje.

Alej Watowski y el napolitano entraron juntos en el salón donde yacía Fornaro. Cuando momentos después entró la policía, aún vivía.

Jeff y Yona habían echado escaleras arriba, donde una especie de torre coronaba la finca. Antes de llegar al final, en lo alto vieron asomar una cabeza, con la cabellera encendida por la luz de la torre.

La escalera estaba un poco oscura y desde arriba no se podía

apreciar quién subía. Jeff y Yona se sintieron enfocados por unos ojos llenos de pánico.

—¡Gladys! ¡Somos nosotros!

Arriba sonó una exclamación de alegría. Pero cuando la pareja estuvo junto a la joven pintora, Gladys prorrumpió en sollozos.

—¡He creído enloquecer!… ¡En estos últimos minutos he pasado mucho miedo!

Luego, más tranquilizada, miró a Jeff.

—¡Esto es vergonzoso! Cuando lo escriba, está autorizado a decir que Gladys Blair, la que alardea de gozar con las emociones fuertes, a la hora de la verdad, llora como una niña —y mirando a Yona—: ¡Usted sí! ¡Un temperamento como el suyo es admirable!

La bailarina sonrió.

—Se equivoca si piensa que yo no tiemblo… ni lloro…

—Gladys: Creo que le queda una emoción fuerte que experimentar —dijo Jeff, sin ocultar que estaba preocupado.

Gladys lo miró alarmada.

—¿Qué es ello?

—No tema… Vamos abajo.

Descendieron en el momento en que el napolitano, con grandes voces y ademanes, trataba de identificar su personalidad a requerimientos de la policía local.

Alej Watowski permanecía apartado del grupo. Al oír pasos se volvió. Se encontró con la mirada atónita de Gladys.

La joven había palidecido, mientras los ojos se llenaban de viva luz. Fue avanzando hacia él, primero lentamente.

Luego, como si de pronto hubiera adivinado la tragedia que lo estaba destruyendo, corrió a abrazarlo, a pegar una mejilla contra otra de él.

—¡Alej!… ¡Querido!…

* * *

Yona entró sola en su casa, y la vieja sirvienta no salió a recibirla.

Apenas cruzó el umbral se sintió fuertemente asida de los hombros y empujada adentro.

La puerta se cerró, y Murray Scherr saludó, sardónico:

—Buenas tardes… mi «leal amiga».

Yona le dirigió una fría mirada y, sin contestar, pasó a la otra habitación. Sobre un mueble tiró la chaquetilla, que acababa de quitarse y sus bellos hombros quedaron casi desnudos bajo la esplendorosa cabellera.

—¿No esperabas encontrarme aquí?

—Te equivocas… Precisamente porque te suponía aquí, he procurado venir sola.

Scherr quedó unes momentos indeciso entre soltar la carcajada o replicar con insultos.

—El «Polaco» ha venido al club a decir que estabas aquí —siguió Yona.

La sorna que Scherr aparentaba sé esfumó. Con un gesto de furia, fue hacia Yona.

—¿Y le has ido con el cuento a la policía?

Con una mano en el bolsillo, donde se apreciaba el peso de una pistola, Scherr se quedó mirando a las ventanas, y puertas, como temiendo una tromba de policías.

—En el jardín hay tres hombres tuyos… Los he visto, a pesar de que se ocultaban. ¿Qué es lo que temes?

—Mi situación no me permite temer natía —contestó Scherr, con el rostro desencajado—. Estoy aquí a sabiendas de que me he metido en una trampa… ¡Pero es que mi derrota iba a serme insufrible, cada vez que recordara que te habías salido con la tuya!

Una extraña risa brotó de la boca de Yona.

—¡Tu derrota! —exclamó, dejándose caer en un sillón.

Scherr quedó desconcertado, mirando a Yona. Ella permanecía con la cabeza inclinada, y los ojos habían empezado a brillar en lágrimas.

Su bello busto palpitaba bajo la presión de unos sollozos a punto de estallar.

—¡Tú has jugado a las traiciones, Scherr… y te ha salido mal! ¿De qué te quejas…? Ya te atrevías a competir con Fornaro, y creo haberte advertido más de una vez que eso era peligroso. Fornaro podía mucho. Puede todavía, aun muerto… Para mí era el principal soporte y ya empiezo a notar el fallo. En el «Stella» acaban de notificarme que rescinden el contrato… Ni siquiera han inventado una excusa. Se han limitado a decir: «Márchese».

—Pero ¿tu periodista iba a consentir que siguieras trabajando en público? —preguntó Scherr, mordaz.

La triste mirada que le dirigió Yona le quitó las ganas de reír.

—No debimos salir de nuestro «bosque» —murmuró Yona.

¿A qué se refería? ¿Al «Bosque sin Ley» de la Italia derruida? ¿O a esta otra jungla de la brillante hampa?

—Jeff me quiere…, paro hay demasiadas sombras interponiéndose.

—Esa Gladys… —apuntó malignamente Scherr.

—Gladys, mi pasado… el saber que el agente Travis fue un traidor… Porque hasta el desvío de Travis es un pecado que a mí se me achaca.

Scherr acudió a la puerta y permaneció unos momentos escuchando. Tranquilizado, se volvió de cara a Yona:

—¿Por qué le revelaste lo de Travis?

—Fue Keast —contestó Yona—. Eso fue lo que lo estropeó todo. Yo acompañé a Jeff porque me hacía responsable de la desaparición de Gladys. Me creía celosa…

—¿Es que no lo estabas? Bastó verte la noche en que aparecieron en el «Stella»… Creí hacerte un favor en el «accidente» de aquella noche.

Yona le miró a la cara.

—¡A mí no me mientas, Scherr!… Tú sabías muy bien que yo no podía aprobar que hicierais daño a Jeff. Conoces cómo sentía cuando, cubierta de harapos, nos internamos en el «bosque». Sabes cómo siento ahora, en que la riqueza me rodea. El cariño a Jeff es la única verdad que hay en mí… Lo sabías y, a pesar de ello, me lanzaste el reto.

Un ramalazo de ira hizo temblar a Scherr.

—¡Eso justifica que azuzaras a los sabuesos contra mí!

—En la villa no hubiera ocurrido nada si Keast se hubiera callado lo de Travis. Yo había convencido a Jeff que si aparecía Gladys, se apartara del asunto… Pero Keast se le burló. Y le echó a la cara la clase de amigo que Jeff pretendía vengar.

—¡Bestia de Keast!… Y todo por un embuste, porque Travis no era más que un pobre diablo… Las drogas lo tenían trastornado, pero era incapaz de matar a nadie de su camada. Si trajo al inspector Fadner, fue bajo la promesa de que seríamos buenos

chicos. Pero ya en casa vimos que el inspector sabía demasiado. Adivinamos la mano de «El Diplomático». No hubo más solución que suprimirlos…

Los dos permanecieron callados. Yona se había cubierto el rostro con las manos, para que Scherr no pudiera advertir las reacciones que se reflejaban en su cara.

—¿Tú qué piensas hacer? —preguntó bruscamente Scherr.

De detrás de las manos salió una voz apagada.

—Marcharme, antes que todo se vuelva contra mí. El «Polaco» ha estado toda la tarde merodeando por estos sitios. Cuando ocurrió la lucha en tu villa, él se encontraba en el jardín, y escapó. Te ha visto entrar aquí, y no se ha atrevido a hablarte… Parece que te teme.

—¿Qué te has propuesto? —cortó Scherr secamente.

—Que me procure medios para subsistir. El en cambio me ofrecerá sus «dibujos»… Pero de momento tendríamos que desaparecer de Roma. La policía y los afectos a Paolo Fornaro van a empezar la ofensiva.

Scherr soltó una carcajada.

—¿Más todavía, cuando lo han destruido todo?

—Todo, no es lo tuyo solamente, Scherr… Como tú y yo existen otros muchos. Y aquí el «bosque» va a ser destruido. Hay que ver la forma de salir de él…

Una pausa, en la que Murray Scherr no hizo más que pasearse. De pronto se detuvo:

—Yona: Tienes cinco minutos para recoger tus cosas… Si conseguimos cruzar la barrera, todavía haremos algo grande. Nos llevaremos al «Polaco»…, aunque de poco nos podrá servir. Ya le tiembla el pulso…

—Le obligaremos a que deje las drogas.

—Entonces no habría forma de sujetarlo.

Yona se levantó. Y temiendo que su frente transparentase sus pensamientos, dijo, para disimular:

—Watowski podría regenerarse.

—No me interesa. Sabe demasiado.

Yona se había puesto a andar hacia la otra habitación. Scherr corrió detrás.

—¿A dónde vas?

—A recoger mis joyas.
—Iré contigo.
Entraron en un pequeño gabinete. Yona se dirigió a un tapiz que había colgado en una de las paredes. Lo levantó de un ángulo y debajo apareció empotrada una caja fuerte.
Los dedos de Yona parecieron nerviosos al maniobrar los resortes. Sobre su nuca advertía la ansiosa respiración de Scherr.
Cuando la caja estuvo abierta, Scherr empujó a Yona.
—¡Aparta!
Pero ella ya tenía cogido un cestillo de plata rebosante de alhajas. Al empujón de Scherr, se le fue de las manos.
Un soberbio broche de diamantes quedó sobre un zapato de Scherr. Maquinalmente se agachó a cogerlo. En seguida sintió sobre su cabeza el tapiz que Yona acababa de arrancar de un tirón.
Todavía sin haber logrado desembarazarse de aquella impedimenta, disparó hacia donde suponía que se encontraba Yona.
Pero sólo pudo hacerlo una vez. Casi al mismo tiempo, tres balas se le introducían en el cráneo.
Quedó en el suelo, medio envuelto con el tapiz. Con paso lento, Yona salió del gabinete. Se aproximó a una mesita sobre la que había un teléfono y, apoyándose en ella con una mano, con la otra marcó un número. Su voz era casi inaudible.
—Ya… podéis… venir…
Yona cayó sobre la alfombra. Quedó con el rostro un poco ladeado, con la cabellera cubriéndole la viva joya de sangre que tenía en un lado del pecho.
El auricular, con el cordón enredado, se balanceaba, casi rozando el suelo.
Los disparos fueron oídos en el jardín. Y esto era lo que Jeff más temió, cuando no tuvo más remedio que aceptar el plan propuesto por Yona, para cuando sonaron los disparos, procuró encontrarse fuera del bar donde aguardaban los policías.
Vio que había acertado, pues apenas producirse el primer estallido, los tres secuaces que aguardaban en el jardín se lanzaron al interior de la casa.
Hubieran rematado a Yona, al ver al jefe muerto. Y hubieran huido, quizá sin reparar en las joyas.
El choque se produjo en el vestíbulo. El aturdimiento de los

secuaces favoreció a Jeff. Éste, en su ansia por llegar al lado de Yona, apenas había guardado precauciones y en el vestíbulo, cuando uno de los individuos se disponía a cerrar, Jeff puso un pie. En seguida empujó.

El individuo retrocedió, tambaleándose, y chocó con los dos compañeros, que se encontraban de espaldas. Éstos giraron…

No mediaren palabras. La «*Parabellum*» de Jeff ya estaba llameando cuando los tres individuos se disponían a disparar.

Saltó sobre sus cuerpos, que quedaron trabados en la entrada a la sala, y corrió adonde veía a Yona, tendida sobre la alfombra.

La abrazó desesperado, y se puso a besarla. Aparecieron los policías y, delante de todos, el inspector del Servicio Secreto, Cowley.

—¡Nunca debí consentir que viniera sola! —gritó Jeff, mirando con dureza al inspector.

—Ella ya lo tenía decidido… No sé si con este riesgo quería afirmar algo que en ti no tenía muy seguro… Tú sabrás, Jeff —contestó Cowley.

Y pasó a la otra habitación, donde estaba el cadáver de Murray Scherr. En una habitación cerca de la cocina se oían golpes. Allí estaba encerrada la sirvienta.

Horas después de haber sido practicada la primera cura, Yona todavía no había vuelto en sí. Su estado era tan crítico, que el doctor no se atrevía a trasladarla a una clínica.

Al amanecer fue cuando abrió los ojos.

—¡Jeff…!

El no se había separado de su Lado y le tenía cogida una mano. Pero Yona no veía aún, ni de nada se daba cuenta.

—Travis… no mató al inspector…

Marsili, que se encontraba al pie de la cama, salió de la habitación para que no lo vieran llorar. Jeff siguió inmóvil, cabizbajo, teniendo la mano de Yona entre las suyas.

—He dicho que Travis…

Había abierto los ojos, y le estaba mirando. Jeff le puso una mano en la frente, acariciándosela.

—Calla, pequeña…

—No, Jeff… No es la fiebre… Me lo ha confesado Scherr. Fueron ellos los que mataron al inspector… y a Travis… Por eso quise venir

sola. Para averiguarlo.

—¿Pero tú sospechabas?

—Sí.

Fue una conversación sostenida con Watowski aquella mañana, lo que despertó su sospecha. El polaco no sabía nada concreto, sino frases cogidas al azar.

—Jeff… Me interesaba averiguarlo. La sombra de Travis se hubiera interpuesto siempre… entre tú y yo.

Jeff le cerró la boca, besándola en los labios.

Ya entrado el día sonó el teléfono. El inspector Cowley era quien llamaba para anunciar que todo lo que Yona había revelado sobre la muerte de Travis y el inspector Fadner había sido confirmado por los que tenían presos.

CAPÍTULO VIII

Durante mucho tiempo Gladys Blair vivió con la angustia de que el asunto de Murray Scherr envolviese a Alej Watowski.

Una tarde se lo comunicó a Jeff.

—No creo —opinó el periodista—. Alej no era más que un enfermo, manejado por Scherr.

Se quedó mirando a Gladys. Había adelgazado demasiado, y parecía que la vitalidad huía de ella.

—El que sea un enfermo no impedirá que lo compliquen —repuso Gladys.

—Habrán de tener en cuenta que Alej salvó el asunto. Todos haremos por él más de lo que se pueda —dijo enérgicamente Jeff.

Iba con frecuencia al sanatorio donde se encontraba hospitalizado Alej Watowski. A veces lo hallaba muy deprimido. Conocía sus crisis, en las que le acometía un irreprimible deseo de desaparecer.

—Alej cree que lo quiero por lástima —confesó una mañana Gladys, sentada a la cabecera de la cama donde yacía Yona—. Así lo perdí una vez…

—¿Por qué no intenta llevárselo de aquí? —propuso Jeff—. Cambien de ambiente. Abandonen los museos y váyanse al campo. Una temporada de vida elemental tal vez les favorezca.

—Alej no aceptará…

—Consiga despertar en él la ambición, las ganas de trabajar… Porque él vale.

—Un elogio que mis cuadros nunca han conseguido de usted.

—El caso de Alej es muy distinto.

Gladys rió, cada vez más animada.

—Por una vez estamos de acuerdo. Si yo pudiera hacer que Alej

creyera en sí mismo…

—Lo conseguirá. ¡Dejen la vieja Europa!

Después de una pausa, en la que Jeff y Yona no quitaron los ojos del rostro de Gladys, ésta dijo:

—Me da miedo el inspector Cowley…

—No creo que les haya molestado —insinuó Jeff.

—No. Pero siempre que viene al sanatorio, a pesar de su amabilidad…, no sé. La manera con que nos mira… Como si aguardara el momento oportuno de decir algo que no recuerda… o que aún no ha llegado la hora de hacerlo.

—El inspector Cowley nunca me ha hablado de Alej, puede usted creerme —manifestó Jeff—. Tal vez no se acuerda… o no quiere. Márchense sin ningún temor. Y quedan emplazados para de aquí a un año celebrar una exposición, ustedes dos, en Nueva York.

—¡Si eso fuera posible! —exclamó Gladys.

—Yona y yo asistiremos —siguió Jeff, acariciándole el cabello a Yona—. Y cumpliendo los deseos de mi futura esposa, prometo ser esa vez amable con sus cuadros —concluyó, echándose a reír.

* * *

A pesar de que en la Prensa habían aparecido informaciones sobre lo ocurrido en la villa de Scherr y en la de Fornaro, se advertía un fuerte freno, para que muchos detalles no salieran a la publicidad.

Esto no significaba que se pretendía echar tierra a aquel asunto. La investigación y las detenciones proseguían. Pero se quería evitar que muchas acciones de la Policía se frustraran, por indiscreciones de la Prensa.

Un atardecer, en el sanatorio donde estaba Yona, uno de los ingresados el día anterior, alojado en una habitación próxima, y que parecía agotado por un desequilibrio nervioso, aprovechó un instante en que Yona quedó sola para asomar en su habitación.

Llevaba una revista en las manos, con la que ocultaba la pistola que empuñaba con la mano derecha.

La joven lo reconoció, como «secretario» de Paolo Fornaro.

—Ahora simularás que somos viejos amigos —dijo—. Y cuando «tú» Jeff aparezca…

Jeff se encontraba ya detrás del individuo. Se había deslizado como una sombra. Había salido de la habitación porque parecía que lo hubieran llamado por teléfono, pero a mitad del trayecto tuvo un presentimiento, y retrocedió.

Tuvo serenidad para no encañonarle, ni disparar contra el individuo, antes de desviar el arma con que apuntaba a la cabeza de Yona.

Cuando el individuo tuvo la sensación de que en la puerta que había dejado entreabierta había alguien, y se volvió, Jeff ya se había agachado, lanzándose contra las manos del individuo.

Irrumpió una llamarada. Un plomo astilló una jamba de la puerta. Del empellón que Jeff le dio, el individuo fue a chocar con la espalda contra un ángulo de la habitación.

—¡Cobarde! —le espetó Jeff.

Pareció clavarlo con plomo contra el ángulo, con tal saña le disparó Jeff.

Al momento la habitación estaba llena de gente. En el vestíbulo del sanatorio hacían guardia dos policías. La piña que habían sufrido al consentir el ingreso de aquel individuo los dejó abochornados.

Media hora más tarde apareció el inspector Cowley.

—¡Jeff! Es tanto lo que tenemos que hacer todavía, que nos es imposible prestaros la protección que necesitáis… ¿Por qué no dejáis la ciudad?

—Vamos incluso a dejar el país. Siempre que Gladys y Alej salgan también con nosotros. Ellos corren aún mayor peligro.

Jeff y Yona se quedaron mirando fijamente al policía, por ver si hacía algún reparo a la salida del polaco.

—Cuanto antes salgáis, mejor —dijo el policía.

* * *

La exposición se celebró quince meses más tarde, y en Nueva York precisamente.

Mientras Yona pasaba a su habitación a cambiarse el vestido de calle, su marido, el autor de la novela más sensacional del año. Jeff Rayner entraba en su estudio para redactar la reseña de la exposición que acababan de ver.

Jeff puso la cuartilla en la máquina. Luego se recostó en el sillón y quedó pensativo.

La impresión que la joven pareja le había producido, le llenaba de optimismo. Un Watowski desconocido, de ojos vivos, tez saturada del sol de los trópicos.

Y Gladys, tal vez más hermosa que antes, pero con un matiz distinto, más cálido, de mujer enamorada. En los cuadros se apreció enseguida su nueva personalidad.

—Tampoco le gustarán, Jeff —le dijo Gladys, al tiempo que se cogía del brazo de Jeff y de Yona.

Precisamente entonces fue cuando a Jeff le gustaron, por la humanidad y ternura que encontraba en ellos…

Pero el asombro fueron los prodigiosos dibujos de Alej Watowski.

Pensaba en esto Jeff, cuando apareció Yona.

—¿En qué piensas, Jeff?

—En lo absurda que es la vida… En Alej… En nosotros. Cualquier soplo hubiera acabado con Alej… ¡Y es un genio!…

Por una extraña asociación levantó la mirada y la fijó en un cuadro que había enfrente, donde aparecía Yona, con toda su espléndida e inquietante belleza.

Lo pintó Gladys, de memoria, y hacía unos meses que se lo había mandado, con la noticia de su matrimonio con Alej.

Era, sin duda, su mejor obra.

Yona siguió la mirada de Jeff y durante unos instantes permanecieron los dos contemplando el cuadro.

—Han traído un telegrama —dijo ella, rodeando el cuello de Jeff con un brazo—. Y estoy un poco asustada.

Ella misma se burló, riendo.

—¿Asustada por qué?… Trae.

Jeff abrió el telegrama, Era de Nello Marsili:

«He cobrado guión asunto Scherr. Te adeudo mitad. Sin fondos ahora. Zarpo a Extremo Oriente. —Marsili».

* * *

El último día de la brillante exposición, Gladys, pese al éxito obtenido, tuvo un momento en que la vista se le nubló, al tiempo que la respiración se le cortaba.

Fue cuando vio entrar en la sala al inspector Cowley.

Se acercó a ellos. Estuvo unos momentos hablándoles, con mucha cordialidad y luego se dedicó a contemplar los cuadros y dibujos.

Al cabo de un rato volvió a acercárseles y les felicitó.

—¿Qué le satisface más? —preguntó Alej.

—¡Oh! Hay mucho que elogiar —contestó, evasivo.

De que esta respuesta contenía una gran reserva, se dio cuenta Gladys, y su ansiedad aumentó.

—¿No puede darnos una opinión concreta? —preguntó ella.

—Sí. ¿Por qué no? Lo que ha escrito Jeff sobre esta exposición me atrevo a firmarlo. Anoche se lo decía a Yona…

—¿Ha estado a verles?

—Sí… ¡Qué gran muchacha! —exclamó Cowley, sinceramente entusiasmado—. En cuanto a la exposición… ¿De veras quieren que demuestre mi preferencia? Pues bien: lo que más me satisface es aquello…

Indicó a un lado de la sala y se marchó.

Gladys y su marido se miraron, extrañados. Precisamente había señalado donde no había nada…

Pero al mirar con atención…

—¿Quién ha clavado aquel papel?

Corrieron a verlo. Era un pedazo de papel lleno de dobleces, con un dibujo hecho a pluma.

Alej lo reconoció enseguida y palideció.

—¡Hay que destruirlo!…

Casi no se oía su voz.

—¿Por qué? ¡Espera!…

Le arrebató el dibujo y durante unos momentos, Gladys permaneció, absorta, contemplándolo.

—¡Pero soy yo!…

—¡No!… —replicó Alej, transfigurado—. ¡No, Gladys!… ¡Esto es el pasado, el infierno que ninguno de los dos debemos reconocer!…

Gladys no parecía comprenderle. Y se le echó al cuello.

—¡Dime qué ocurre!…

Alej le refirió que su imagen fue el único asidero en el período en que no fue más que un guiñapo cruzando la niebla.

Cuando Gladys se separó unos pasos, para mirarlo con ojos de agradecimiento, Alej dijo:

—Rómpelo tú misma.

Gladys iba a hacerlo, cuando reparó en algo que había escrito en un ángulo del dibujo.

—¡Aquí hay un escrito del inspector!…

Y con voz trémula, leyó:

> «Nunca me acordaba de entregarles este boceto. Mi enhorabuena. Su amigo,
>
> »*Cowley*.

FIN



A. Rolcest. En el mundo civil se llamaba Arsenio Olcina Esteve. Como muchos, participó en las contiendas de la guerra civil española y le tocó estar en el bando perdedor. Como todos los escritores de esta segunda España, fue represaliado. Dado que los ámbitos superiores de la literatura le estaban vedados, debió dedicarse a escribir folletines y novelitas del Oeste. Para ello con las primeras dos letras de su nombre y apellidos formó su seudónimo literario *post* guerra civil. Se llamó A. Rolcest.

Nació en Alcoy, provincia de Alicante el 15 de octubre de 1909.

A principios de los años veinte volaban muchas ideas revolucionarias en el aire español y particularmente en el hogar de los Olcina. De éstas se nutrió la vida del joven Arsenio y forjó su visión del mundo y de los hombres. Soñaba con el hombre libre, dueño de su voluntad y su destino. Son sus primeros puntos de contacto con el movimiento anarquista.

Tenía intenciones literarias, heredadas de su padre y se volcó hacia la poesía; pero la dura realidad le dijo que ése no era el camino, que para ganarse la vida debía utilizar su pluma en algo más productivo. Entonces, la puso a oficiar de corresponsal de prensa para diversos periódicos de Alicante y Menorca [El Luchador, Diario

de Alicante, El Bien Público].

Fue en éstos donde publicó sus primeros cuentos.

Esta incipiente actividad en el mundo de las letras le acarrearon numerosos problemas con las autoridades, dirigiéndose a Valencia donde vivió algunos años. Allí fue donde en 1932 nació su hija Amalia. Otra integrante de su familia, Amalia Lucila Mataix Olcina (su sobrina) en los años cincuenta y setenta escribió novelas románticas como Lucila Mataix y/o Celia Bravo, fue también autora de literatura de quiosco, dentro del género romántico, y desarrolló una importante labor pedagógica para el mundo infantil.

A. Rolcest fue uno de los escritores más prolíficos dentro del ámbito de la literatura popular, pero a pesar de su volumen y calidad nunca ha descollado con la importancia que merece y con el transcurrir del tiempo se transformó en uno de los autores más injustamente olvidado. Tal vez porque no fue descubierto su trasfondo ideológico, ni entendida la simbología utilizada. No debemos olvidar que recién en la década del 60 se comienza a hablar de semiótica por personas de elevado nivel cultural y las obras de la literatura de quiosco no se consideraban dignas de ser analizadas por esta disciplina. Tampoco el público de masas que leía estas obras estaba muy preparado para analizarlas. Preferían los muchos tiros de Estefanía.